

IX. CONTEXTOS, SECUENCIAS Y CORRELACIONES

La excavación de Intihuasi, conducida por capas o niveles artificiales de 0.20 m. de espesor, brindó una profundidad máxima de 7 (1.40 m.) capas y una media de 3 a 4 capas (0.80 m.). En el cuadro N° 7 puede verse la distribución absoluta de los objetos, de acuerdo con la procedencia. Pero cada nivel estratigráfico no representa un contexto cultural ni una cultura definida; ni la procedencia de un objeto de determinado nivel, significa, por sí sólo, que un objeto pertenezca a tal o cual contexto. Ha sido un serio problema, difícil de superar, el determinar con exactitud y definir cada uno de los patrimonios culturales que ocuparon la gruta de Intihuasi a través del tiempo. Han contribuido a acrecentar este problema, la escasa profundidad de los sedimentos acumulados, los que para un total de 8.000 años, si el dato de C. 14 no está del todo errado, representa apenas 0.60 m. a 1.40 m. de profundidad. En segundo lugar la falta de diferentes capas geológicas que pudieran servir para realizar una estratigrafía natural para adecuar la subdivisión cultural a una subdivisión geológica natural. Caso muy distinto habría sido si hubiéramos dispuesto de la totalidad de los sedimentos depositados en la gruta, es decir si las excavaciones se hubieran realizado antes de las remociones de la D.P.V. Seguramente los espesos sedimentos del vestíbulo habrían permitido una extracción más completa y, por lo tanto, una más fácil separación contextual de los elementos arqueológicos de Intihuasi. Tratamos de reconstruir los contextos culturales existentes en la siguiente forma: hemos analizado cada cuadrícula en forma separada, estudiando cómo se superponen los elementos en cada una de dichas unidades. A continuación cada cuadrícula era comparada con los resultados estratigráficos de las cuadrículas vecinas. Esto permitió observar una su-

perposición clara y casi constante de ciertos elementos característicos; sirvieron especialmente para esto las puntas de proyectil, que por presentar formas muy características y por su abundancia, servían para definir los diferentes niveles. Secundariamente, contribuyeron a definir los contextos, los conocimientos y las asociaciones previamente establecidas en Ongamira u otros lugares arqueológicos de las Sierras Centrales. En cuanto al estudio comparativo de las diferentes cuadrículas, resultó claro que existían tres niveles muy característicos por sus puntas:

Un nivel I, el más superficial, caracterizado por puntas pequeñas, de base escotada y aletas más o menos salientes, a consecuencia de la escotadura pronunciada. En muchos casos parece que una de las aletas fue hecha "ex-profeso" más larga que la otra. Un segundo nivel presentaba puntas triangulares y grandes, escotadas o de base recta. Un tercer nivel, el que siempre era el más profundo, presentaba solamente puntas lanceoladas, sin mezcla de ninguna clase. Hay que hacer notar que entre uno y otro de los niveles así definidos, se hallaron muchas cuadrículas con mezcla de diferentes elementos. Pero la existencia de niveles donde las puntas de proyectil están representadas por los tipos antes mencionados, sin mezcla de ninguna clase, hace que no quede duda de su existencia como entidades culturales independientes en determinado momento de la historia de la caverna de Intihuasi. La mezcla de elementos es particularmente frecuente entre el nivel de puntas lanceoladas y el de las puntas triangulares, medianas y grandes, lo que hace suponer que realmente pudo existir un momento en que la cultura de los habitantes de Intihuasi estuvo representada por una fase intermedia de mezcla de elementos diferentes.

Una vez establecidos los elementos guías o definatorios de las puntas de proyectil, procedimos a determinar cuáles eran las unidades cuadrículas donde esas puntas aparecían sin mezcla. Una vez determinadas esas unidades estudiábamos los otros elementos arqueológicos hallados en ellas. De esta manera era factible determinar los niveles culturales de manera muy aproximada. Por supuesto que cuando se trata de elementos no muy frecuentes, su hallazgo en capas donde las puntas aparecen mezcladas, la ubicación contextual resulta dudosa. También es muy posible que en los estudios arqueológicos del futuro se puedan subdividir en distintos contextos culturales los niveles establecidos aquí. Una subdivisión más estricta fue imposible para nosotros, debido al escaso espesor de los sedimentos constitutivos de la capa 2-3. A continuación establecemos los cuatro complejos culturales resultantes del análisis precedente.

Intihuasi 1

Aparece bien definido en las líneas A y B, de la gruta A, y en las primeras cuadrículas y niveles en gruta B, a la entrada. También se lo halló, prácticamente puro, en el abrigo de Los Morteritos y en Casa Pintada. Los elementos patrimoniales son:

El elemento característico y definatorio lo constituyen las puntas pequeñas, de alrededor de 25-30 mm. de largo, de bordes convexos y base pronunciadamente escotada, con barbas salientes. A menudo una de las barbas es más saliente que la otra. Aparte del tipo mencionado, existen otros, de base recta y también de lados igualmente rectos. También se hallan las puntas de tamaño mediano, de características iguales. Han perdurado también algunas puntas grandes, de lados y base recta, y aún parecen haber persistido puntas lanceoladas, pequeñas y menos espesas que las de Ayampitín. A menudo tienen la base algo rebajada. Entre las puntas excepcionales parecen haber existido en este complejo, algunas puntas pedunculadas, debidas a comercio con las áreas patagónicas. Hay también puntas de lados paralelos, puntas pentagonales, también las del tipo que he-

mos denominado asimétrico, y otras con escotaduras o estrechamiento lateral. Se observa que en esta época el uso de la calcedonia como materia prima, fue mucho más extenso que en épocas anteriores.

Aquí se usaron algunas escasas láminas líticas de diversos tipos. Predominan las externas, las subexternas y las irregulares. Existen láminas triangulares, láminas retocadas de lado recto (tipo a) y láminas delgadas, retocadas, provistas de borde curvo.

Los raspadores responden a diversos tipos: raspadores provistos de un pequeño diente (tipo A), espesos y pequeños (tipo B,a), subrectangulares y triangulares pequeños (tipo C,a) terminales (tipo D), microlíticos (tipo E), laterales pequeños (tipo F,a) y grandes (F,b), circulares (tipo G) e irregulares (tipo H).

Abundan los molinos de contorno irregular y, excepcionalmente, los de borde trabajado regularmente. Las manos de molino son también muy abundantes y pertenecen a todos los tipos conocidos. Sólo en 2 B3, se hallaron 95 fragmentos de manos. Una mano de mortero decorada con motivos pintados en rojo, si bien apareció en capas profundas, se coloca tentativamente aquí. Ella indica tempranas influencias del N.O. argentino.

Existen escasos perforadores de piedra, muy simples y mal definidos. Las raederas o cuchillos de pizarra son relativamente frecuentes. Se encuentran adornos de piedra alargados y fusiformes y otros con perforación central de forma circular. Un adorno excepcional fue una cuenta de piedra de forma cilíndrica, lo mismo que un tortero de piedra.

Cristales y rocas curiosas fueron traídos por los indígenas de esta época al interior de la gruta y pedazos de mica recortados fueron usados como adornos. Otros adornos excepcionales lo constituyen cuentas rectangulares, trabajadas en concha.

Se hallaron aquí algunas piezas amigdaloides y otras ovales, trabajadas en ambas caras.

Un fragmento de hacha pulida, seguramente del tipo de cuello se ubica en este nivel cultural.

En este nivel predominó el uso del color amarillo y rojo empleado por igual tanto para la preparación del mástic, como para pintura corporal.

Se halló un pan de ocre limonítico para ser usado. Hay que hacer notar la presencia de basureos fijos en esta época.

Un elemento definitorio de este contexto es la aparición de alfarería, con predominio del tipo liso tosco.

Entre los retocadores existen los de asta y de hueso y punzones de hueso, tipo a. También encontramos agujas de sección circular (tipo b), perforadores, trabajados en toda su superficie. Se halló un instrumento que quizás es una espátula ósea.

Las pictografías de motivos abstractos y complejos, como las que se hallan formando parte del grupo principal en la "Casa Pintada", deben igualmente colocarse en la época de esta cultura, aunque no es posible descartar que persistiese, de épocas anteriores, la representación de camélidos.

Los entierros de esta época se realizaron en posición genupectoral y la deformación craneana en boga es la tabular erecta. Esta cultura representa el substratum patrimonial básico de los pueblos históricos de las Sierras Centrales.

No existen muchos elementos de juicio para fechar este nivel, pero no sería muy aventurado colocarlo entre el 500 y 1500 A.D.

Intihuasi II

Los elementos más característicos y definitorios de este contexto son las puntas triangulares apendiculadas, de tamaño mediano y grande (B y C), de lados rectos y o convexos y base escotada. No se encuentran aquí, o son excepcionales, las puntas pequeñas de escotadura pronunciada y aletas muy salientes. Perduran en esta época las puntas lanceoladas, pero son de tamaño pequeño y de escaso espesor; también son poco frecuentes las puntas de bordes aserrados. Las escasísimas puntas pedunculadas encontradas aquí, parecen haber sido originadas en comercio o trueque. También se hallan puntas asimétricas y puntas con escotadura lateral, si bien son excepcionales.

Los raspadores pertenecen a los tipos B, a, espesos y pequeños; los hay de forma subrectangular o triangular, de tamaño pequeño (tipos C a y C b); raspadores terminales (tipo D), microlí-

ticos (tipo E), laterales pequeños y grandes (tipo F, a y b), circulares (tipo G) e irregulares (tipo H).

Los molinos son de contorno irregular y las manos de tipo variado. Los perforadores de piedra son escasos e iguales a los de I.

Son muy característicos y contribuyen a la definición del contexto los ganchos de propulsor, de los que existen por lo menos dos tipos bien diferentes. Se hallan trabajados en hueso y piedra. Existen láminas de piedra de borde recto y borde curvo.

Las raederas o cuchillos de pizarra no presentan rasgos característicos y son bastante frecuentes. Hay adornos de piedra alargados y fusiformes, con agujero de suspensión y otros lisos. También se hallan adornos circulares o cuentas de piedra. Por excepción se encontró una cuenta cilíndrica perforada. Existen pedazos de mica recortados, utilizados como adornos. Hay útiles amigdaloides, pero son excepcionales como en I.

El color usado con mayor frecuencia fue el rojo, que se ha utilizado en la preparación del mástic destinado a fortalecer el enmangado de las piezas líticas. En menor grado se usó el color amarillo. Preparación del color en panes formados por la substancia mineral molida y preparada.

Los pulidores pequeños que existen en otros niveles parecen tener sus porcentajes más altos en este contexto. También hay algunas escasas láminas de piedra.

No existe alfarería, pero al igual que en Ongamira, se halló una pieza única de barro semicocido.

La industria del hueso es sumamente variada. Los más característicos son los denominados "puñales", de fina elaboración. Los retocadores corresponden a los retocadores simples de base rústica (a) de base trabajada (b) y los retocadores de asta con mango (c).

Entre los perforadores se hallan los de tipo a, sin trabajo en la base y punta afilada. Este, muy simple, aparece en Ongamira en los niveles III y IV, independientemente de las puntas de proyectil y en Oláen asociados a industrias muy recientes. También se hallan aquí perforadores muy sencillos, formados por simples pitones de cuerno de

ciervo, tipo a. Las agujas halladas corresponden al tipo chato (a) y a las de sección circular (b).

Se hallan tubos de hueso, particularmente los trabajados en falanges pequeñas (b). Se hallaron puntas embotantes y objetos trabajados en concha.

Quizás se usó la deformación craneana de tipo circular, aunque esto requiere aún comprobación definitiva. Los residuos óseos se apilaban en espacios circunscriptos y quizás pertenezcan a este nivel pozos de almacenaje.

Intibuasi III.

Es difícil poder definir, con las evidencias actuales, este nivel como una unidad cultural propia. No existen elementos absolutamente caracterizantes y se trata, en realidad, de útiles de II y IV, más o menos mezclados. Tentativamente podríamos dar la lista siguiente, la que queda sujeta a futuras comprobaciones estratigráficas: predominio de puntas grandes y medianas de lados convexos o rectos y base recta o escotada, puntas lanceoladas en alta proporción. Dos puntas pedunculadas, intrusivas, habrían aparecido aquí.

Raspadores groseros del tipo espeso y grande (tipo B, b), trabajados en cuarzo; subrectangulares y triangulares pequeños (tipo C, b); otros groseros, terminales (tipo D) y laterales grandes (tipo F, b), circulares grandes (tipo G) e irregulares (tipo H). También se hallan cepillos. Son frecuentes las manos de molino, con predominio de las de forma irregular, mono y bifaciales. Las raederas o cuchillos de pizarra ya estarían presentes aquí, lo mismo que las láminas retocadas de bordes curvos, pulidores pequeños.

Entre el material trabajado en huesos tenemos: Retocadores de asta desprovistos de mango (tipo C'), retocadores de hueso, punzones tipo a, perforadores muy toscos y poco aguzados (tipo B), perforadores de asta sin mayor trabajo (tipo C) y quizás agujas de extremo achatado (?) y puntas embotantes.

En este momento se usó predominantemente el color rojo, sobre todo en el preparado del mástic y pudieron excavar los primeros pozos de almacenaje.

Intibuasi IV.

Los elementos más característicos y definitorios de este contexto son las puntas lanceoladas o almendradas. Mientras que en III, las puntas triangulares se asocian a las lanceoladas, aquí éstas aparecen sin mezcla de ninguna clase con puntas de otras formas. Dentro de las lanceoladas pueden presentarse algunas variantes, que no alteran para nada el neto predominio de la forma principal. Entre estas variantes se cuentan las de bordes aserrados, que parecen haber sido más frecuentes en los niveles más profundos. Hay que observar que quizás junto con algunos cambios en el aspecto formal de las puntas lanceoladas a través del tiempo, como la disminución de tamaño, hubo otros, tales como el tipo de material usado; así en capa 4, sólo hubo dos puntas hechas en calcedonia sobre un total de 57, en cambio en capa 3, hubo 47, sobre un total de 143.

Entre los raspadores de este período parecen predominar los grandes, elaborados en cuarzo de mucho espesor, de forma circular (tipo G, b) con carencia de los raspadores de tipo microlítico. Hay raspadores espesos de cuarzo (tipo B, b), terminales groseros (tipo D), laterales grandes (F, b), circulares e irregulares grandes (tipo H). Pese a la considerable antigüedad asignada a este nivel, aparecen aquí manos y molinos. Esto ya se había puesto de manifiesto en el sitio original de Ayampitín, donde en 1940, habíamos localizado la cultura caracterizada por puntas de proyectil de forma lanceolada.

Entre los molinos planos existen únicamente aquellos de forma irregular, simples lajas utilizadas directamente sin arreglo previo; las manos corresponden a tipos varios mono y bifaciales. Las hay de contorno irregular, rectangular o circular.

Se hallan raederas de forma y tamaño diverso y, quizás, en algún momento de esta cultura, se usaron ya placas toscamente grabadas. Se conocen adornos circulares agujereados y escasos instrumentos amigdaloides. Aparecen también, fragmentos de mica recortados. Algunas puntas de proyectil presentan la base teñida con mástic negro, aunque también se usó pigmento hematítico, pero no en el mástic.

Otros elementos hallados son núcleos facetados, láminas, predominantemente planas; láminas espesas, algunas retocadas, que debieron ser usadas como cuchillos y un cuchillo de lado curvo, espeso. Algunos instrumentos amigdaloides se incluyen en este grupo.

El material de hueso está compuesto por perforadores poco aguzados de tipo b, de base tosca, análogos a los que aparecen en Ongamira en niveles III y IV. También se hallaron perforadores de pitones de ciervo (c) y agujas de sección circular (b), un adorno óseo perforado, un arco costal pulido y algunos huesos con muescas de uso indefinido.

La escasez de útiles de hueso es tan manifiesta o más que en los niveles superiores.

Es evidente, el aspecto secundario de este material, en relación a la piedra.

Existen en este contexto grandes cantidades de cuarzo partido, informe, sin que puedan ser denominados instrumentos, pero estos fragmentos se hallan en cantidades variables en los otros pisos y contextos. Cuando existen huellas de mástic en los útiles, éste es de color negro.

En los niveles profundos, donde aparece el contexto de las puntas lanceoladas, o cultura de Ayampitín, la cantidad de fragmentos de cáscaras de huevos de avestruz parece ser relativamente más escasa que en los niveles más altos. En los niveles estratigráficos 4 y 5 aparecieron algunos huesos de avestruz y faltan sin embargo en 3. La impresión que se puede tener al observar el cuadro de especies animales hecho por el Dr. Pascual es así un poco diferente a la que se obtuvo por la observación directa del porcentaje de cáscaras de huevos de Rhea en la excavación de la gruta. La mayor frecuencia del avestruz en fechas más recientes, estaría de acuerdo con las observaciones hechas en Ongamira (op. cit. 1954, p. 258).

Ignoramos las características físicas de los individuos que dejaron esta industria. La fauna fué la misma que los demás períodos salvo, quizás, un menor porcentaje de uso del avestruz como recurso económico y mayor abundancia de sujetos jóvenes entre los ciervos y guanacos.

El carácter de los sedimentos de la caverna no permite efectuar deducciones sobre si la gruta fue

ocupada durante períodos estacionales o tuvo una ocupación permanente. Tal como se presentan las diferentes capas, no parece haber existido interrupción en la ocupación de la misma. Existe una perfecta continuidad cultural, pero un abandono de tres o cuatro meses por año no habría dejado huellas visibles.

Siendo la cultura que habitó Intihuasi una cultura de tipo mixto de recolectores y cazadores es difícil determinar exactamente si hubo o no desplazamientos estacionales. En los núcleos cazadores, el nomadismo es, habitualmente, la regla. Los recolectores tienen un cierto grado de sedentarismo. En favor del carácter nómádico hablarían los hallazgos de piezas líticas fabricadas en material foráneo, de procedencia, a veces lejanas, como son las piezas hechas en obsidiana. La presencia, por otra parte de elementos mobiliarios como los molinos planos, bastante pesados, y por lo tanto difícilmente transportables, habla de un cierto grado de sedentarismo. El desplazamiento de estos recolectores debió ser sólo similar al de los grupos de "indios algarroberos", según testimonian las fuentes escritas posteriores a la conquista, los que, anualmente, dejaban su habitat habitual para realizar la cosecha de algarrobas, en sitios, a veces relativamente alejados.

La gruta no debió estar ocupada nunca por un gran número de individuos. Debió albergar a una simple banda que difícilmente alcanzó a superar el medio centenar de personas, similar al de las bandas nómades patagónicas antes de entrar en posesión del caballo. Debieron tener una organización social familiar bien simple, análoga a la de aquellos. La densidad de población debió ser baja, no sólo en la gruta sino en los alrededores. Así lo prueba la escasez de yacimientos de la cultura Ayampitín en toda la región.

Las condiciones naturales en el interior de la gruta no permitieron la conservación del utilaje, fabricado en material perecible, privando así a la arqueología de valiosos elementos. No hay duda de que debieron existir canastos de paja; diversos elementos trabajados en cuero, como mantas de piel, sandalias, etc.; útiles hechos en madera y en los últimos tiempos, tejidos, nada de lo cual ha sobrevivido.

X. LA ESTRATIGRAFIA DE INTIHUASI COMPARADA CON OTROS SITIOS.

1. ONGAMIRA.

Para la interpretación de la estratigrafía de Intihuasi y de la secuencia arqueológica de las Sierras Centrales, es fundamental considerar los resultados obtenidos en las excavaciones llevadas a cabo en los abrigos de Ongamira.

Ongamira se halla dentro del corazón de la serranía cordobesa, a unos 300 km. en línea recta desde Intihuasi. (Fig. 48). Para poder valorar los resultados obtenidos en uno y otro lugar es necesario tener en cuenta, en primer término un hecho estratigráfico muy importante. En Intihuasi, las capas fértiles, que contienen los restos arqueológicos tienen un promedio de 0.60 a 1.30 m. de profundidad y en este espesor está contenida una secuencia que abarca, si el dato del C. 14 es exacto, alrededor de 8.000 años. En Ongamira, no disponemos de cronología absoluta, pero las evidencias aportadas hasta ahora hacen que no sea difícil que el total de la secuencia excavada abarque un período no superior a 4.000 años de antigüedad, no obstante lo cual el espesor de los sedimentos fértiles oscila alrededor de los 2 a 2.50 m. Este hecho obedece esencialmente, creemos, a las diferencias del material que forma el techo de ambos yacimientos. En efecto, la gruta de Intihuasi está excavada en una roca dacítica, fuertemente compacta, difícilmente atacable por los agentes erosivos. El abrigo de Ongamira está excavado, por el contrario, en un conglomerado deleznable y sumamente sensible a la acción de los agentes erosivos, de manera que gran parte de los sedimentos depositados sobre el piso procedían de la destrucción de las paredes y techo del abrigo. En Intihuasi el material depositado, por lo menos en capas 2-3, se debe exclusivamente a la acción humana.

Los niveles culturales definidos basándose en las diversas excavaciones practicadas en Ongamira son las siguientes (Montes 1943; Rex González 1943; Menghin y Rex González 1954).

Ongamira I.

El horizonte más superficial abarcaba en el yacimiento desde la superficie hasta 0.65 cms. de profundidad. Los elementos arqueológicos son:

A. *Piedra.*

1. *Puntas de proyectil.* a) Hoja de laurel, de base semicircular (1 ejemplar); b) triángulos isósceles de base recta y limbo convexo (17 ejemplares); c) triángulos isósceles de base escotada y limbo convexo (5 ejemplares); d) triángulos isósceles de lados rectos base recta (2 ejemplares). Todas estas puntas son de tamaño mediano o pequeño; sólo existe un ejemplar de 58 mm. de largo. El material usado en la fabricación es el cuarzo. En menor grado se usó el ópalo y la calcedonia. Las puntas halladas en las primeras excavaciones (1940) pertenecen a estos mismos tipos.

2. *Bolas.* Solo se hallaron dos ejemplares fracturados. Son, al parecer, de tipo liso esférico, trabajados en diorita.

3. *Cuebillos.* Se hallaron algunos ejemplares de limbo curvo, que tendrían semejanza con tipos patagónicos.

4. *Raspadores.* En este nivel se hallaron los tipos más finos y mejor trabajados. Son de tamaño pequeño; algunos de tipo microlítico, circulares o subcirculares y un ejemplar en dorso de tortuga.

5. *Alisadores.* Se halló un ejemplar de arenisca con surcos múltiples.

6. *Molinos planos y manos.* Son relativamente abundantes. Las manos son de tipo variado.

7. *Puntas en forma de hojas.* De retoque bifacial. Son atípicas.

8. *Yunque y Matillos.* No tienen mayor valor diagnóstico.

9. *Pieza triangular de piedra.* Se trata de un posible desollador (?).

10. *Uso de colores minerales.* Predomina el uso del color rojo y amarillo, este último en la base de algunas puntas de flecha, es decir que se lo usó mezclado al mástic.

B. Hueso.

1. *Perforadores.* Se halló uno sólo, muy bien trabajado en un hueso de ave.

2. *Retocadores.* Existe sólo un ejemplar en este nivel.

C. Alfarería.

Fue obtenida quizás por comercio; se hallaron 31 fragmentos, uno grabado con surco rítmico, uno con impresión de canastería, uno negro lustrado.

D. Concha.

Existen cuentas con agujero central de contorno circular; también hay cuentas de forma subrectangular y oval; un ejemplar lleva un grabado concéntrico alrededor del agujero central.

A estos materiales hay que agregar los excavados en 1940, que pertenecieron probablemente a este mismo nivel: un mortero de diorita muy pulido y cavidad cilíndrica, debió ser objeto de comercio con tribus del N.O.; piedras con hoyuelos; gran hacha pulida, sin cuello y de sección oval; colgantes alargados con agujero de suspensión; aguja de hueso muy pulida, de sección cilíndrica

Ongamira II.

A. Piedra.

1. *Puntas de proyectil.* a) Triangulares isósceles, de base recta y limbo convexo (3 ejemplares); b) idem de base escotada y limbo convexo (2 ejemplares); c) una punta indefinible por rotura, muy espesa.

2. *Raspadores.* Son más escasos, pero parecidos a los de I.

3. *Molinos planos y manos.* Iguales a los de I.

4. *Colores.* Iguales a los de I.

En este nivel se hallan, al igual que en I, una serie de cuarzos partidos, muy abundantes y muy mal definidos, de manera que es imposible reconocer en ellos útiles con determinado carácter morfológico.

B. Hueso.

1. *Retocadores.* En total existen 5 ejemplares entre I y II. Están muy bien trabajados. Existen retocadores de asta de ciervo.

2. *Tubos de hueso.* Largos, trabajados en huesos de ave.

C. Alfarería.

1. En total se hallaron 16 fragmentos lisos.

2. *Labret* u orejera, hecho de barro cocido.

D. Concha.

Existe una sola cuenta de concha bien definida. Entre los objetos funcionalmente indefinibles existe una especie de segmento de hueso.

Fauna. Es igual a I.

Fecha. Poco siglos de diferencia con I.

Ongamira III.

A. Piedra.

1. *Raederas o cuchillos de pizarra.* Se hallaron 3 ejemplares de pizarra clorítica, de filo curvo. Estos instrumentos no se hallan en I y II.

2. *Adornos.* Se hallaron cuatro ejemplares, cónicos y con surco en la base.

3. *Cuenta cilíndrica.* Provista de un agujero; es idéntica de las que se hallan en las culturas agroalfareras del N.O. Argentino.

4. *Molinos planos.* Once ejemplares corresponden a este nivel.

5. *Manos.* Se hallaron manos planas.

6. *Gancho de propulsor*. Se halló un solo ejemplar, que puede pertenecer a este nivel o al IV.

B. Hueso.

1. *Tubos de hueso*.

2. *Perforadores*. Trabajados en toda su superficie (tipo a), existen 7 ejemplares entre este nivel y el IV. Otros especímenes están trabajados únicamente en el extremo.

3. *Perforadores de asta de ciervo*. 2 especímenes.

4. *Puntas embotantes*. 7 ejemplares entre III y IV. No se hallan en los otros niveles.

C. Concha.

Existen cuentas circulares de concha.

D. Alfarería.

Existe una sola pieza de barro cocido, en forma de asa.

E. Enterratorios.

3 enterratorios corresponden a este horizonte. Los esqueletos se hallaron en posición genupectoral.

F. Fechado.

En el trabajo con Menghin (1954, p. 261), colocábamos este nivel como comenzando algunos siglos A.C., actualmente creemos que debe ubicarse alrededor de los comienzos de la Era Cristiana.

Este nivel lo mismo que el IV corresponde a un grupo de cazadores inferiores. Existen aquí una gran cantidad de cuarzos que, si bien muestran señales de haber sido partidos intencionalmente, no pueden ser clasificados como instrumentos definidos.

Ongamira IV.

Un carácter definitorio importante de este nivel es la falta de avestruz y la escasez en que se hallan conchas de *Cyclodontina*, tan abundantes en

los pisos superiores. Se encuentra en este nivel mayor cantidad de restos de ciervos que en los otros pisos o sea que predomina una fauna de tipo bosque.

Otro carácter fundamental de este piso es que el principal grupo de instrumentos estaría formado por simples cuarzos partidos, sumamente rudimentario, tanto que no presentan prácticamente formas definidas. Sin embargo, hay que suponerles valor ergológico, pues evidentemente fueron traídos al abrigo por los indígenas y debieron suplir la falta de otros instrumentos. Por otro lado, la rotura intencional de los mismos no puede ponerse en duda.

Los fogones denuncian una larga ocupación y esos individuos debieron utilizar, necesariamente, algunos instrumentos. No teniendo otro utilaje su acervo ergológico debió estar reducido a estos simples sílex partidos. También se encontraron otros elementos que, mucho más elaborados que los anteriores, tendrían carácter de intrusivos. Son:

1. *Gancho de propulsor de piedra pulida*. Se halló uno solo y roto, que puede pertenecer a este nivel o al III.

No se hallaron conchas ni manos ni puntas de proyectil. En cambio existen algunos útiles de hueso, a saber:

2. *Perforadores*. Están pulidos en toda su extensión (tipo a). Se hallaron 8 en total entre este nivel y el III.

Tipo b. perforadores, trabajados sólo en el extremo agudo; son 6 especímenes y pertenecen al piso III y IV.

3. *Puntas embotantes*. 7 ejemplares que se reparten entre este horizonte y el III. Se halló aquí un solo ejemplar de cuenta de concha. La ubicación cultural de este nivel corresponde a cazadores inferiores.

Fechado. Debe corresponder según el trabajo de 1950 a una época entre el 1000 y 500 A.C. (Menghin y González 1954, p. 261). Posteriormente Menghin lo coloca en una época algo más antigua, en el 3.000 A.C. (Menghin 1954, p. 131). Montes también lo considera más antiguo que la fecha dada al principio (Montes 1943).

De las primeras excavaciones quedaron sin ubicación contextual: un puñal de hueso y una serie de láminas de cuarzo triangulares, magníficas para ser usadas como cuchillos. El puñal de hueso se halló junto a un esqueleto portador de una deformación craneana de tipo circular o pseudo circular.

Otros elementos hallados en esa misma temporada de labor fueron: una punta de arpón de hueso, con agujero basal y lateral, algunas falanges de camélidos con dibujos geométricos grabados.

Comparando ahora cada uno de los elementos hallados en Ongamira con los de Intihuasi, es posible ver que la casi totalidad de elementos coinciden en uno y otro sitio arqueológico. Sólo pueden anotarse pocas diferencias, así por ejemplo:

No se han hallado en Intihuasi los alisadores encontrados en Ongamira ni piedras con hoyuelos ni la alfarería con surcos rítmicos. Pero estos elementos son típicos de las zonas arqueológicas litorales y debieron llegar a Ongamira en épocas tardías, a través de la zona de Mar Chiquita.

Otro instrumento no hallado en Intihuasi es la gran hacha pulida, pero al ejemplar de Ongamira se encontró junto al río, debajo de un gran bloque rocoso de manera que su inclusión en el nivel I es puramente tentativa. El rembetá u orejera de barro, hallado en el nivel II de Ongamira, tampoco tiene equivalente en Intihuasi, pero la pieza de barro semicocido, hallada en nivel III, (Menghin y Rex González, 1954, Lám. VIII, fig. 6) tiene similar en cuanto a la técnica de fabricación, ya que no en la forma, en la pieza de barro hallada en Intihuasi e ilustrada en la figura 7, Lám. XV. Por lo demás, cada uno de los elementos de Ongamira tiene su equivalente en la gruta de Intihuasi, y aún fueron hallados en ambos yacimientos objetos de valor funcional desconocido, pero morfológicamente idénticos.

Pero si la comparación de la lista general de objetos muestra una estrecha analogía, el caso se complica bastante cuando tratamos de comparar las estratigrafías respectivas de ambos sitios.

Un rasgo característico de Ongamira es la presencia en sus niveles profundos, III y IV, de una cultura que habría dejado como único testimo-

nio de su paso por ese abrigo, según vimos, fogones, huesos calcinados y una serie de cuarzoes groseramente partidos que difícilmente pueden ser clasificados como instrumentos. Esta paupérrima cultura habría aculturado, progresivamente los elementos que en Intihuasi hemos definido como parte del nivel II y parte del nivel cultural I. Queda así planteado el problema de si esa forma cultural tan primitiva de Ongamira se halla o no representada en Intihuasi y en caso afirmativo en que nivel se encuentra.

Por de pronto, si este nivel se halló entre los correspondientes, habría habido dificultades técnicas en identificarlo, pues el escaso espesor de los sedimentos habría hecho muy difícil aislar fogones carentes de industrias. Todos los niveles de Intihuasi se hallan comprimidos en el sentido vertical, de tal manera que hubiera sido muy difícil aislar esos fogones, carentes de restos industriales. Por otra parte, la observación cuidadosa de cientos de unidades cuadrículas, no permitió en ningún momento identificar esa clase de niveles carentes de todo vestigio óseo o lítico. Por debajo del nivel cultural IV de Intihuasi, en niveles profundos de las capas 5 o 6, podría suponerse, por momentos, la existencia de un nivel cultural semejante al que en Ongamira se designó como III y IV. Veamos algunos casos concretos: en las capas 5 y 6 de C. 3, aparecieron algunos restos de cáscaras de huevos de avestrúz, huesos partidos en cantidad y cenizas, pero no existen puntas de proyectil u otros instrumentos definidos, excepto dos fragmentos de molinos planos: en 5 R. 1, abundan los fogones con huesos partidos, pero sólo existe un hueso groseramente trabajado; en 4 E. 5, hay fogones, huesos partidos y un fragmento de molino plano. Sólo huesos, restos de comida y cuarzo partido se halló en 4 a 6 C. 1; 5-6 S. 1; 3 C. 4; 3 H 8; 4/E 4; 5-6 E 3; 4 H 5; 5 D 5. Sólo restos de fogones y cuernos de ciervos se hallaron en 6 F 4; en 4-5 AB' (gruta B) sólo se hallaron fogones y restos de raederas o cuchillos de pizarra. Abundantes restos de fogones y sólo manos se hallaron en 5 E 4; 6 C 2 y 5 C 3; 4/F 5; 4 H 7; lo mismo y restos de molinos planos se halló en 3 G 4 y 5 D 4; solo conanas y manos aparecieron en 4/B 7 (G. B.) y 4 E 6.

Es decir que, procediendo con el mismo criterio utilizado en Ongamira, podríamos crear aquí una cultura más antigua que el Intihuasi IV, formado por algunos escasos instrumentos líticos, que aparecen también con posterioridad, asociados a las puntas lanceoladas y aún a contextos más recientes. Sin embargo no creemos que en Intihuasi tengamos suficientes evidencias para establecer una cultura del tipo del Ongamira IV, debajo del Ayampitense. Creemos más bien que causas fortuitas han hecho que en Intihuasi aparezcan algunos niveles que, si bien contienen restos de huesos, cuarzos y carbones, carecen de instrumentos líticos. Pero al comparar Intihuasi y Ongamira, surge el problema de las diferentes condiciones de sedimentación operados en ambos sitios, según hemos expresado al comienzo. Y este problema puede formularse en una sola pregunta: ¿de que manera las distintas condiciones de sedimentación que han actuado en ambos yacimientos han influido en la formulación de los contextos respectivos? Si nosotros hubiéramos tenido ocasión de excavar sólo la mitad Norte de la Gruta de Intihuasi, los patrimonios culturales que hubiéramos presentado hubieran sido, por las condiciones en que se formaron allí los depósitos arqueológicos, bien distintos a los con la excavación total de la gruta. En Ongamira la parte excavada en 1950 corresponde sólo a una parte del gran alero y no muy lejos al desagüe y caída de agua del centro del mismo. Quizás allí no se concentró la misma cantidad de restos arqueológicos que en otros sitios de abrigo, de la misma manera que ocurrió en el N. de la cueva de Intihuasi, donde no se concentró la misma cantidad de restos que el lado S. de la gruta. Por último hay que considerar otra circunstancia: Si realmente el Ongamirenses IV es una cultura independiente, formada sólo por elementos paupérrimos, esta debió existir en épocas anteriores al Ongamirenses II y III y ser, en gran parte, contemporánea del Ayampitense, que aparece ya instalado en las Sierras Centrales desde unos 6.000 A.C., y específicamente en la Pampa de Olaen, no lejos de Ongamira. Sin embargo, el Ongamirenses IV, no sufrió sino muy pocas o casi ninguna influencia del Ayampitense y sólo en fechas posteriores, cuan-

do hace su aparición la cultura representada por Intihuasi II y III, sufre los primeros procesos de aculturación bien marcada. Frente a estas dudas subsiste el argumento de la cantidad de fogones y restos de elementos que dan consistencia a la idea de que en realidad existió una cultura diferente. No hemos tratado sino de analizar aquí en todas sus posibilidades los interrogantes que surgen al comparar los resultados estratigráficos de estos dos importantes sitios, donde están inscriptos muchos milenios de la historia arqueológica de las Sierras Centrales.

Ahora que el problema está correctamente planteado, la disipación definitiva de toda duda queda supeditada a los nuevos trabajos que se emprendan en el futuro.

2. AYAMPITÍN.

El sitio original de Ayampitín se halla en la Pampa de Olaen. Allí descubrimos por primera vez y, aislada de toda mezcla, la cultura precerámica de este nombre (Rex González, 1952, p. 112 y sig.). Este sitio nunca fue descrito en detalle, pero sirvió para individualizar las puntas lanceoladas que lo caracterizan. Aparte de esas puntas de proyectil aparecieron algunas manos y molinos planos, raspadores y láminas de cuarzo. No aparecieron acumulaciones de hueso ni restos de fogón. Todo parecería indicar que este lugar fue un "paradero" circunstancial y quizás un pequeño taller a orillas de la laguna que entonces existía en el lugar. Las excavaciones de Intihuasi han permitido completar y aumentar considerablemente nuestros conocimientos sobre la cultura de Ayampitín. El nivel IV de Intihuasi corresponde claramente a esta cultura y las puntas de proyectil características se han hallado en Perú, Bolivia y Venezuela posteriormente a nuestra primera noticia.

3. YACIMIENTOS DEL OBSERVATORIO ASTRONÓMICO.

a) Yacimiento I.

A este yacimiento se refieren Ameghino (1885, p. 354 y 355; 1889, p. 53) y Doering (1907, p.

175 y 183), Outes (1911, p. 353 y sig.). El resumen más completo es el de Castellanos (1933, p. 86), que reproducimos casi íntegramente. Castellano lo designa como yacimiento N° 1; Doering como I.

Se halla en las proximidades del Observatorio Astronómico, en la ciudad de Córdoba. En la misma barranca se halla la estación II (2). Esta barranca se halla en "la meseta donde está edificado el Observatorio Astronómico (429 m. s.n.m.) y corresponde a la alta terraza loésica de la margen S. del valle del río Primero". (Castellanos, 1933, p. 73).

Los objetos yacían en los límites de la capa de tierra vegetal a 50 cms. de profundidad (Ariannense y Aymarense) y el loess amarillo claro, capa b, de Doering. Se hallaron trozos de carbón, restos de alfarería, fragmentos de cuarzo, huesos quemados de *Mazama rufa* (Illiger) y *Zaedyus Pichy* (Desm) Amegh. y cáscaras calcinadas de *Rhea Sp.*

Los elementos arqueológicos en este yacimiento son:

Restos humanos: individuos de cráneo braquioides, con deformación artificial en dirección fronto-occipital (tabular), mandíbula pesada y prognatismo acentuado.

Material lítico: quince ejemplares de láminas o cuchillos; cinco raspadores, uno de ellos discoide; molinos planos y manos de molino; morteros y sus manos; hachas pulidas; puntas de proyectil: amigdaloides, lanceoladas y triangulares; piedras de boleadoras; un adorno discoide; percutores, núcleos y residuos de fabricación.

Material trabajado en hueso: alisadores, punzones, agujas, puntas de flecha pedunculada; huesos residuales, partidos longitudinalmente.

Material trabajado en concha: un fragmento discoide, perforado en el centro.

Metal: un estilete (?) y un objeto de uso desconocido.

Alfarería: gran cantidad de fragmentos, algunos ornamentados en los bordes con guardas griegas, combinaciones de ángulos, triángulos, etc.; fragmentos con impresión de canastería y figuras antropomorfas.

b) Yacimiento II.

Esta estación se halla en la capa b' de Doering, C de Castellanos y muy próxima a donde se halló la estación I (N° 1). Castellanos ha resumido muy bien todos los antecedentes sobre esta estación (Castellanos, 1933, p. 73 y siguientes). Como en el caso anterior reproducimos los mismos casi íntegramente.

En esta estación aparecieron:

1. Restos óseos humanos, al parecer muy civilizados. Se trata de una raza dolicocefala de cráneo espeso y frente deprimida, producto de una deformación Aimará (circular o pseudocircular). Sobre la forma en que fueron hallados estos restos y número hay algunas contradicciones, que se resumen en el trabajo mencionado (op. cit. p. 78).

2. Material lítico.

a) El tipo de instrumento más característico es una punta de dardo (?), unas veces de pequeñas dimensiones, otras de tamaño considerable, en ambos casos talladas en sus dos caras, presentando la forma de una almendra, es decir, las que hoy clasificaríamos como puntas de tipo Ayampitín.

b) Gran cantidad de núcleos y residuos de fabricación.

c) Molinos planos y manos.

d) Percutores y martillos.

e) Raspadores.

f) Hachas de piedra sin surco.

Tanto Doering como Ameghino señalan el rasgo característico de la falta de alfarería en este yacimiento. El primer autor menciona, además, hachas no pulidas y una serie de instrumentos óseos como leznas, etc.

c) Yacimiento III.

Este hallazgo se hizo dentro de la serie pampeana, es decir que si se prueba su autenticidad, quedaría demostrada la existencia indudable del hombre en esta zona durante el cuaternario.

El hallazgo consistió en un "fogón", descubierta por Florentino Ameghino y Doering en octu-

bre de 1885, visitado luego por Brackebusch, Guillermo Bodembender, Federico Kurtz y Oscar Doering. Castellanos ha resumido los antecedentes y estudiado la estratigrafía del sitio. (op. cit. p. 32 y sig.). Aunque figura el nombre de "fogón", del Observatorio Astronómico, el hallazgo se hizo en realidad al N.O. del Observatorio, en una barranca que existía en la calle Misiones, entre Duarte Quirós y Caseros, según ha establecido Castellanos (op. cit. p. 34).

El hallazgo se hizo en la capa K de la nomenclatura de Doering; I, de Castellanos, la que pertenece, según éste, al Bonaerense inferior (p. 37). El "fogón" tenía en total un metro y medio cuadrado, con un espesor de 15 cms. El terreno estaba conglomerado y convertido en ladrillo por la acción del fuego y consolidado además por infiltraciones calcáreas y vetas de tosca.

Todo su interior estaba lleno de huesos quemados y fragmentados de *Toxodon*, *Mylodon*, un edentado indeterminado, quizás el *Valgipes* y huesos y fragmentos de coraza de un *Tolypentes*, conjuntamente con algunos fragmentos de cáscaras de huevos de avestrúz... al "mismo nivel que el fogón, pero a alguna distancia", Ameghino "habría recogido "dos cuarcitas talladas" y restos de *Scelidotherrum* y *Viscacia heterogenides*; por último, en niveles superiores del corte había hallado *Sclerocalyptus ornatus*, *Macrauchenia* sp. y *Eutatus* sp. (Outes 1911, p. 284).

Outes, pudo examinar uno de los supuestos instrumentos líticos mencionados por Ameghino, y no halla en él signo de trabajo intencional, dudando de que este hallazgo permitiese inferir la existencia del hombre pleistoceno en esta región (op. cit. p. 291). Castellanos, por el contrario, llega a la conclusión opuesta (op. cit. p. 42).

El interés de los tres yacimientos del Observatorio Astronómico radica en que fue el primer sitio, y en una etapa muy temprana de estos estudios, donde se puso de manifiesto la existencia de una estratigrafía definida y, por ende, de una secuencia arqueológica. Secuencia que, a grandes rasgos, coincide con la revelada por los estudios más modernos.

De las descripciones que preceden surge, con toda claridad, que en una capa superficial de hu-

mus existía una industria alfarera, con metales, figuras antropomorfas y cráneos con deformación tabular, superpuesta a otra capa que contenía una industria de puntas líticas lanceoladas o amigdaloides y con cráneos deformados circularmente. La capa superficial debe corresponder a una etapa algo más reciente que el Ongamirensis III e Intihuasi I. El nivel más profundo debió corresponder a la cultura de Ayampitín. Las puntas descritas e ilustradas por Outes (Outes 1911, figs. 54 a 64) probarían que ese yacimiento estuvo ocupado durante un largo período de tiempo y que en él están representados elementos que corresponden al nivel cultural II de Intihuasi, como puntas triangulares medianas, de base recta y escotada y limbo convexo o recto (op. cit. figs. 50; 54; 60; 64). Al lado de estos ejemplares existen otros, pequeños, triangulares, de bordes convexos o rectos y base muy escotada, que deben corresponder a Intihuasi I (op. cit. figs. 61 y 62) y otras que debieron corresponder a la cultura de Ayampitín o son perduraciones de aquellas formas en etapas más recientes (op. cit. fig. 55). Resulta muy interesante la presencia de los cráneos con deformación circular o pseudo-circular en el yacimiento II. En Ongamira fueron hallados junto al río, varios especímenes portadores de esta deformación. En Intihuasi también se hallaron algunos fragmentos que muestran claras huellas de este hábito deformatorio. No hay duda de que la deformación de este tipo procedió, en la serranía como en Patagonia, a la deformación tabular erecta.

4. HALLAZGO DEL CORTE DEL FERROCARRIL A MALAGUEÑO.

Este hallazgo fue hecho por Ameghino en 1885 (1885, p. 353; 1889, p. 47, 68) en compañía de Guillermo Bodembender y Adolfo Döering. De él se ocupó Outes (op. cit. p. 282) y posteriormente Castellanos nos ha dado un buen resumen de estos antecedentes, a los que agregó sus propias observaciones geológicas (op. cit. p. 42 y sig.).

Este hallazgo se realizó a una profundidad de 5 a 6 mts., en las capas pampeanas correspondientes al piso g. de Döering y G. de Castellanos, for-

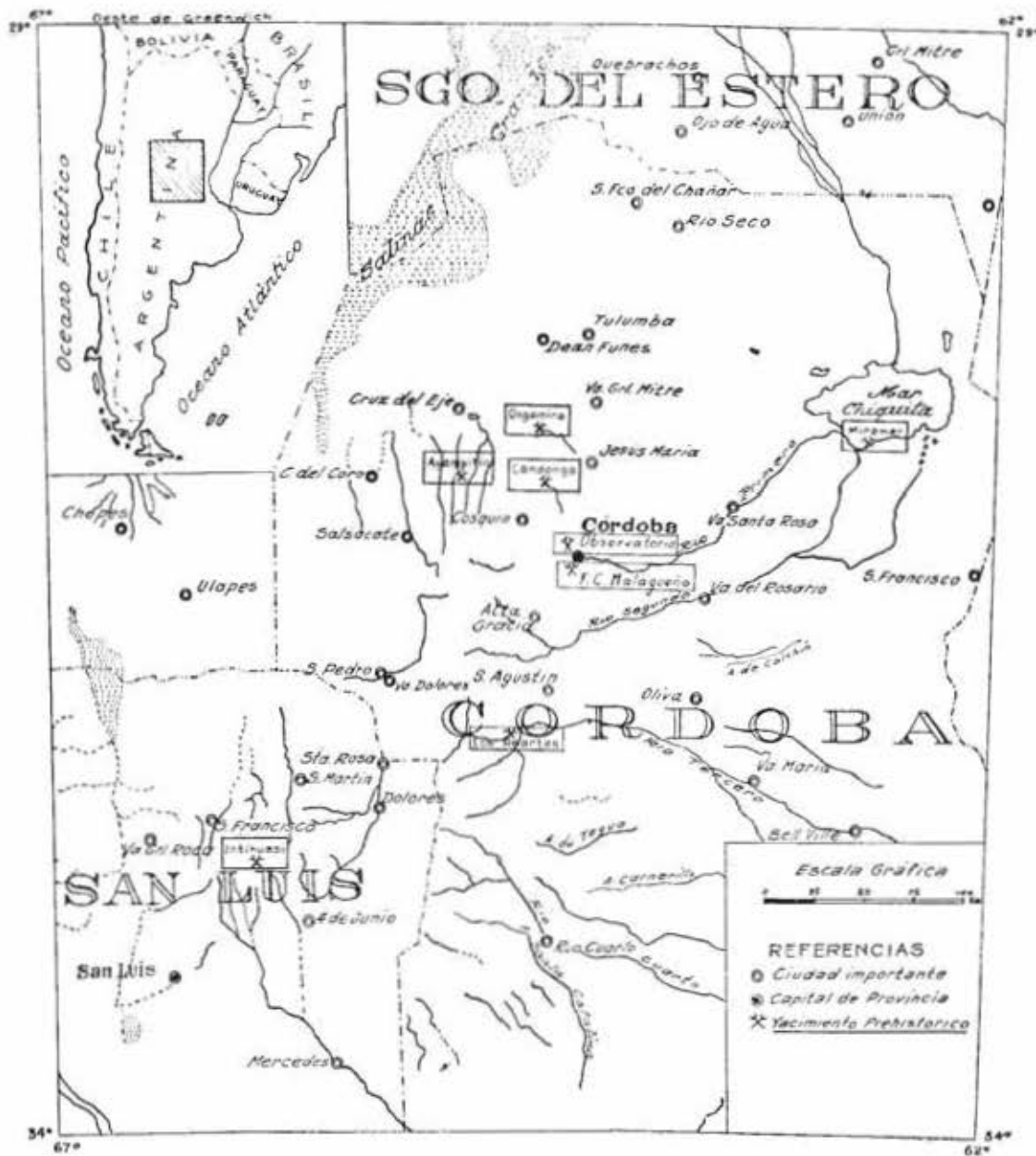


FIG. 48. — Principales sitios de hallazgos prehistóricos en la provincia de Córdoba, y San Luis.

mados por loess apenas estratificado, el que según Ameghino y Bodembender correspondería al Bonaerense superior (Castellanos 1923, p. 46) o quizás, al Lujanense. Consistió en una "capa de terreno de unos 20 a 30 cms. de espesor, que se presentaba sobre los lados opuestos del corte y en una extensión de unos 15 a 20 pasos, conteniendo, en todo su espesor y desparramados sin ningún orden, pequeños fragmentos de carbón vegetal y de tierra cocida, conjuntamente con huesos que-

mados, y grandísima cantidad de pequeños fragmentos de Toxodon, Mylodon y Glyptodon, etc. La mayor parte de estos innumerables fragmentos presentan el aspecto de huesos que hubieran sido machacados y pisados entre dos piedras y luego en parte quemados, estando mezclados con fragmentos de cáscaras de huevos de avestruz que también han sufrido evidentemente la acción del fuego y algunas astillas de huesos largos partidos para extraer la médula..." (Ameghino

1889, p. 68), Outes consideraba este yacimiento como "alramente dudoso", en cuanto a prueba de la existencia del hombre pleistoceno (Outes 1911, p. 283), opinión que no acepta Castellanos, (op. cit., p. 51); Montes (1956, p. 17 y p. 34) asegura que este yacimiento corresponde al Cordobense o sea la capa b" de Doering, que pertenecería al cuaternario más tardío.

Este hallazgo del corte del F.C. a Malagueño, junto con el yacimiento III del Observatorio y el hallazgos de Candonga, constituyen, los argumentos más interesantes que poseemos sobre la existencia del hombre en el pleistoceno tardío de estas regiones. La edad exacta de esta capa y su posición respectiva en la estratigrafía del cuaternario es tarea que deberá ser resuelta con futuros hallazgos y con estudios a fondo de la serie cuaternaria de la serranía.

5. CANDONGA.

El hallazgo y excavación de esta caverna fue realizado por Montes. Castellanos describió el cráneo infantil que se halló en la capa más profunda de la gruta, asociado a ocho especies extinguidas de mamíferos, (capa I) (Castellanos 1943).

El cráneo lleva una deformación artificial, probablemente del tipo circular o pseudocircular. No se halló una industria definida, salvo algunos huesos groseramente partidos y una punta de proyectil de hueso. También se hallaron abundantes fogones. Castellanos cree que la capa de restos industriales corresponde al Bonaerense o Platense Basal de la formación pampeana y que se habría formado bajo condiciones más húmedas que las actuales. Castellanos asignaba al yacimiento de Candonga una antigüedad correspondiente al último interglacial (Riss-Würm). Kirk Bryan cree que el yacimiento es muy antiguo, pero que esta fecha es demasiado temprana (Bryan, 1945, p. 60). La falta de restos industriales en Candonga hace difícil la comparación de estos hallazgos con los de Intihuaquí u Ongamira. Entre las faunas de ambos yacimientos existe una diferencia neta. Mientras en Ongamira e Intihuaquí la fauna es íntegramente actual, en Can-

donga aparecieron restos correspondientes a 8 especies extinguidas, lo que evidencia que ese sitio es definitivamente más antiguo, perteneciente, quizás, a las últimas etapas de la glaciación wisconsiniana o al postglacial muy temprano. Hay un rasgo común entre el cráneo de Candonga y los hallados en Intihuaquí y Ongamira. Este posee una deformación circular análoga a la que poseen los cráneos hallados en Ongamira, junto al río, en 1940, y los fragmentos de cráneos hallados en Intihuaquí. Aquí queda planteado otro problema, el de la antigüedad del hábito deformativo del cráneo entre los pueblos aborígenes de América.

6. OTROS SITIOS EN LAS SIERRAS CENTRALES.

En numerosos sitios de las Sierras Centrales se han hallado restos que corresponden a la cultura de Ayampitín o del Intihuasense III y IV. Pero, en la mayoría de los casos, se trata de restos aislados o mezclados con otros, sin separación estratigráfica, de manera que resultan poco útiles a los fines de reconstruir las secuencias culturales del área.

En la zona del río Quinto se han hallado yacimientos que contienen puntas triangulares del Intihuasense I y II. La asociación a alfarería, y aún a restos postcolombinos, sugiere que parte de esos restos subsistieron aún hasta épocas posteriores a la conquista. Tales son los instrumentos dados a conocer por Manito (Manito, 1936). Las figs. 5 a 10 y 27 a 29, corresponden a formas del Intihuasense I; las 1 a 4 al Intihuasense II. Pero los materiales proceden de "paraderos" distintos y la asociación de restos de cada uno de los sitios no se establece muy claramente. Es interesante hacer notar que algunos ejemplares de puntas (Nos. 14; 27; 28), parecen ser del tipo de una alza prominente.

7. SITIOS DEL N.O. ARGENTINO.

Tatorá. (La Rioja). Este sitio fue descrito por Boman (Boman, 1920) y pasó desapercibido por muchos años; al parecer corresponde a un yacimiento de puntas lanceoladas de tipo Ayampitín, a las que acompañan algunos otros útiles líticos, como raspadores y cuchillos. Este yacimien-

to resulta de gran interés, pues prueba la existencia de la industria de Ayampitín en el N. O. Argentino.

Yape. Está situado en el valle de Santa María. Aquí el investigador del Museo de La Plata, F. Methfessel, halló, el siglo pasado, una cantidad de puntas lanceoladas trabajadas en cuarcita gris, a las que nos hemos referido en otra oportunidad (Rex González, 1952, p. 118).

En Santiago del Estero se halló una punta de tipo Ayampitín, en capas que corresponderían al postpampeano de la provincia de Buenos Aires. (Ameghino 1918, p. 159, lám. VIII, fig. 4).

Hallazgos en la Ciénaga. En La Ciénaga y en las zonas aledañas, en el Dpto. de Belén, Catamarca, se ha descrito una industria lítica monofacial, trabajada en grandes láminas de basalto y con caracteres bastantes primitivos. (Menghin 1957 c). Al comienzo se creyó en la existencia de una industria lítica precerámica, pero su asociación actual a la fase Ciénaga de la cultura de los Barreales es indudable (Rex González, 1950 (1955) p. 20), aunque no puede descartarse que puede tratarse de la perduración de una industria de tipo más primitivo y de una época pre-alfarera aculturada por una cultura agrícola.

En la zona de Salinas Grandes y Saladillo, Boman, Nordenskiöld y von Rosen hallaron yacimientos precerámicos (Boman 1908; vol. II, págs. 566-569, P. XLV, fig. 3) (Nordenskiöld 1903, fig. 4, a, b) (von Rosen 1924). En estos trabajos no resulta claro si se trata de una industria mono o bifacial; von Rosen afirma que es monofacial, pero el punto queda sin solución ante el silencio de los otros dos autores. Hemos hallado un pequeño sitio en la zona puneña de Laguna Blanca donde aparecieron, aislados de toda otra influencia cultural, una serie de industrias líticas muy similares en su forma a las descritas por los autores antes mencionados. Estos instrumentos están definitivamente trabajados en ambas caras. Se trata de una serie de cuchillos, raspadores y hojas. No se hallaron puntas claramente definidas, salvo una, ancha y delgada, que quizás es un cuchillo. De manera que hasta ahora, y aún suponiendo que se trate de una industria bifacial, esta industria de Saladillo parece ser distinta al Ayampitinsense.

8. ZONA DE MISIONES.

Altoparanaense. Esta cultura ha sido descrita por Menghin (1955-1956) mediante algunos antecedentes previamente reunidos por Mayntzhusen y por sus propios hallazgos. Se trata de una industria de nódulo, en la que aparecen hachas de mano cuneiformes, "clavas", raspadores, raederas, lascas, núcleos y algunos instrumentos excepcionales. Todos están trabajados en meláfiro, o arenisca de origen local. Las evidencias muestran, según Menghin, una cultura de plantadores de bajo nivel (op. cit. p. 185). Faltan totalmente las puntas de proyectil, salvo un caso dudoso y los raspadores de tipo patagónico. El Altoparanaense se remonta por lo menos al postglacial temprano y, probablemente, a las postrimerias de la última glaciación, es decir, por lo menos a unos 8.000-9.000 años A. C. (op. cit., p. 179). Como surge de esta descripción el altoparanaense es una cultura totalmente diferente, por su técnica y sus instrumentos de las industrias halladas en Ongamira e Intihuasi y no tiene hasta ahora equivalente en las Sicras Centrales.

9. LITORAL Y URUGUAY.

En el área litoral no se han hallado puntas lanceoladas de tipo Ayampitín, ni las triangulares similares al Intihuasense III. En la provincia de Santa Fe, en la zona de Carcarañá, hemos hallado una serie de hachas de mano similares a las del sur de la provincia de Buenos Aires. Las puntas de proyectil líticas del litoral que se han publicado hasta ahora, corresponden al tipo pedunculado, semejantes a las patagónicas o del Uruguay (Serrano 1932). Aparecen con gran frecuencia piedras de boleadoras que sólo se hallan excepcionalmente en los yacimientos aquí estudiados. En el Uruguay predominan culturas que parecen ser precerámicas, pero la tradición predominante en ellas es la de puntas de proyectil pedunculadas a menudo muy semejantes a las patagónicas.

10. PROVINCIA DE BUENOS AIRES.

En la provincia de Buenos Aires existen varias culturas precerámicas. Los elementos más conoci-

dos proceden de la costa atlántica, pero la secuencia cultural de esa zona está lejos de estar aclarada. En el litoral se hallan hachas de mano, pero esta industria es muy diferente a la que aquí hemos estudiado. También parecen ser distintos los restos del Tandilense, estudiado por Menghin y Bórmida (Menghin y Bórmida 1950). En cambio en diversos lugares aparecen puntas bifaciales, en forma triangular y de limbo recto o convexo y de base escotada o recta, que reproducen formas análogas, si no idénticas a las del Intihuasense II (Aparicio, 1952, figs. 157, 158 y 159).

Es interesante hacer notar que aun algunas formas excepcionales de Intihuasi están reproducidas aquí, por ejemplo las puntas de limbo pentagonal y las de base ensanchada (op. cit. figs. 161 y 163). Desgraciadamente desconocemos el contexto cultural al que van asociadas esas puntas. La distribución de las puntas triangulares en la provincia de Buenos Aires es muy amplia, pues se la encuentra también en numerosos sitios del interior. Hemos visto ejemplares de la Sierra Pillahuincó idénticas a las antes mencionadas. El neto predominio de las puntas triangulares de proyectil, idénticas a las de Intihuasi, queda de manifiesto en el interior de la provincia de Buenos Aires, en el prolijo estudio de Viani (1930, pág. 31). De un total de 144 puntas recogidas sólo cinco son pedunculadas. De las primeras, 92 tienen base cóncava; 36 base recta y sólo 11 tienen la base convexa (op. cit. cuadro final). Hay que hacer notar, como rasgo diferencial, la presencia de puntas unifaciales, influencia de la industria curvica monofacial típica de la provincia de Buenos Aires. Sobre las costas del Río de la Plata, las puntas triangulares aparecen en Punta Lara (Maldonado Bruzzone, 1931, Lám. IV, fig. 4), pero el contexto al que pertenecen no resulta claro.

Un área de hallazgos muy abundantes de puntas apedunculadas de limbo triangular es la de San Blas. En el Instituto Smithsonian se guardan muchos ejemplares de los coleccionados por Hrdlicka. La mayoría de limbo convexo y base recta, (número 264181) y de limbo triangular y base muy ligeramente escotada (264198) (Hrdlicka, 1912, Lám. XIII).

Torres dio a conocer algunas series similares procedentes de estos mismos lugares. Entre ellas se hallan puntas típicas triangulares sin pedunculo, idénticas a las de Intihuasi y aun algunos especímenes excepcionales, como el ilustrado en la fig. 26, pág. 504 (Torres, 1922) tienen su exacta réplica en piezas de Intihuasi. Sin embargo, al lado de las series iguales hay otras muy diferentes. En San Blas se halla la tradición de puntas pedunculadas y la de puntas apedunculadas. Será tarea fundamental de los trabajos futuros determinar la relación temporal de ambas tradiciones en estos sitios.

Además, dentro de la serie de puntas triangulares, existen desde las de tamaño grande, características de Intihuasense II y III, a las pequeñas idénticas al Intihuasense I (Daguerre, 1934, lám. III.) Otro asunto de interés sobre posibles vinculaciones culturales con las Sierras Centrales es la presencia de la deformación circular del cráneo. En Tres Arroyos se hallaron varios especímenes con esta deformación, que se guardan en el Museo de La Plata. Presentan un cierto grado de fosilización y en los alrededores sólo se hallaron algunos útiles de piedra mal definidos.

11. PATAGONIA.

En el norte de la Patagonia, en Neuquén, se han hallado puntas triangulares de proyectil, de base recta o escotada y de limbo convexo o recto, muy semejantes a las del Intihuasense I y II; hay también raspadores de puntas de lasca, semejantes a los hallados en los niveles culturales mencionados, (Aparicio 1933-1935, Lám. XVIII, filas primera, segunda y parte de la tercera; pág. 48), pero faltan estudios estratigráficos de sitios aislados. Recientemente Schobinger ha dado a conocer una serie de importantes materiales arqueológicos de Neuquén (Schobinger 1957). En esas series puede advertirse un neto predominio de la tradición de puntas apedunculadas, con la reproducción de las diversas variantes de puntas halladas en Intihuasi, excepto las de tipo Ayampitín. No cabe duda de que, cuando se realicen estudios estratigráficos en esa área, será posible establecer correlaciones muy exactas. Aparte del víncu-

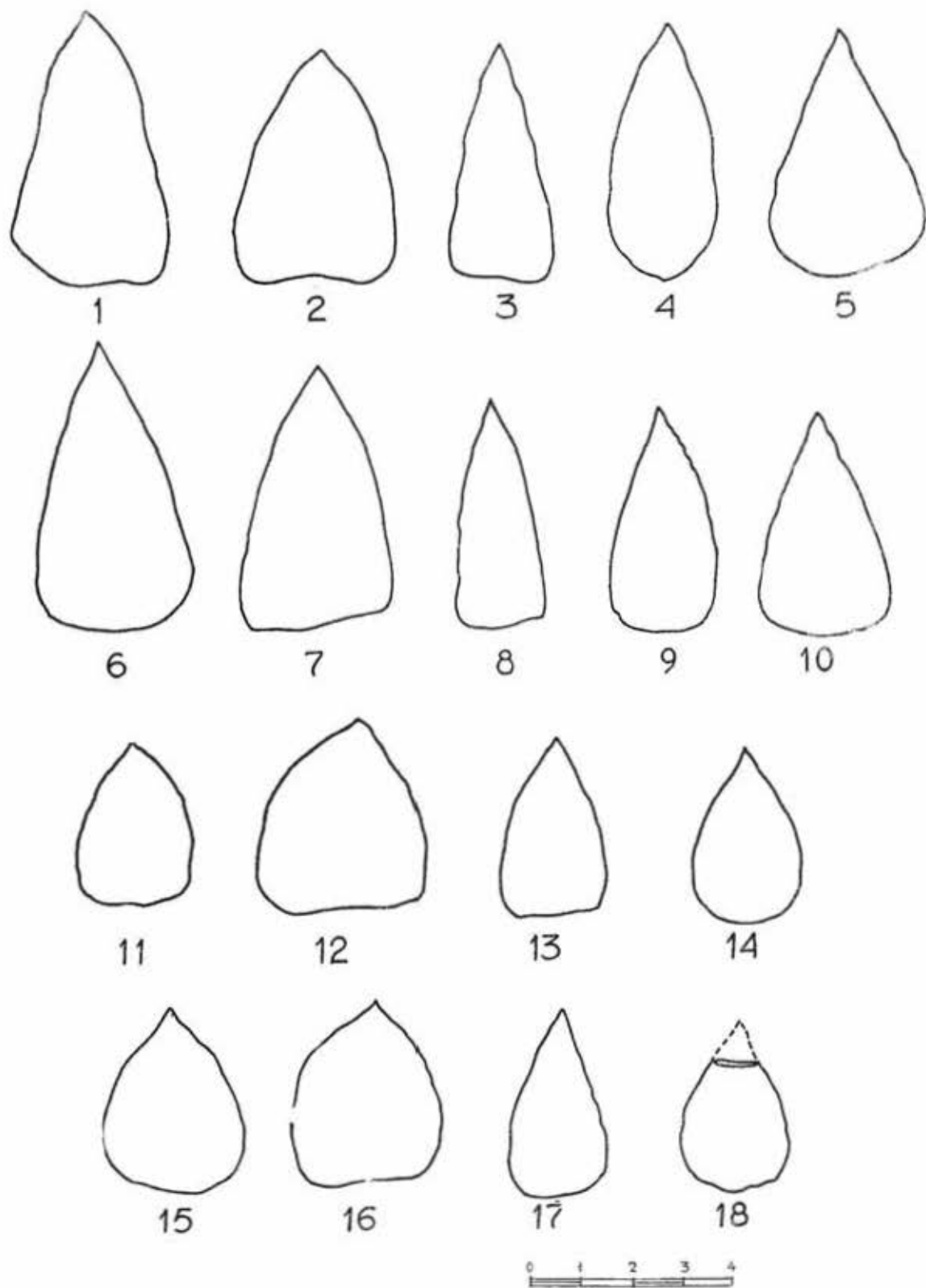


FIG. 49. — Puntos de proyectil de Intihuasi comparados con los del nivel III de la cueva de Paili Aike y Fells 1 a 5 y 11 a 14 proceden de Intihuasi, 6 a 10 y 15 a 18, proceden de Paili Aike y Fells.

lo tipológico existirían otros argumentos sobre posibles relaciones culturales, más o menos directas, entre las dos áreas y esto lo proporciona la materia prima con que se han confeccionados algunos especímenes de Intihuasi.

Pasando al extremo sur Patagónico vuelve a aparecer un contexto de puntas triangulares sin pedúnculo, que fue aislado y estudiado en las metódicas excavaciones de Junius Bird (Bird, 1938). Corresponde al nivel III de la secuencia establecida para esa zona. Pese a que Palli Aike, que es el lugar donde el contexto de estas puntas triangulares aparece más nitidamente, se halla a más de dos mil kilómetros en línea recta de Intihuasi, la similitud de muchos especímenes es completa.

El Dr. Bird ha tenido la amabilidad de preparar un corto resumen de ese nivel, del que extraemos las conclusiones principales. Casi todas las puntas del Período III, de Palli Aike, tienen la base recta; hay algunas, sin embargo, que tienen la base ligeramente escotada; otras tienen una ligera saliente angular. El limbo es recto o convexo. Se hallan, también, las puntas de lados paralelos que aparecen en Intihuasi, y ocurren en Palli Aike, puntas lanceoladas, semejantes a las de Ayampitín, pero más delgadas que aquellas. El limbo puede ser recto o bien aserrado, cosa que en Intihuasi ocurre rara vez en esta clase de puntas. En las figuras 49 y 50 hemos ilustrado una serie de puntas de Intihuasi junto con otras de Palli Aike, y basta esta simple ilustración para apreciar el alto grado de similitud e identidad existente entre ambos grupos.

Hay que hacer notar que en el período III casi ha desaparecido la tradición de puntas pedunculadas de proyectil, que son las dominantes en Patagonia. Curiosamente, no se hallaron retocadores de hueso en este nivel, pero existen raspadores de piedra, terminales y laterales; perforadores delgados, muy agudos y bolas de tipo alargado con surco o esféricas lisas. Las primeras son desconocidas en Intihuasi o en las Sierras Centrales; las segundas son excepcionales en el Intihuasense II. Pese a las diferencias que ocurren en el contexto, creemos que las similitudes en las puntas de proyectil indican una básica relación histórica, rea-

firmada con la ocurrencia de las mismas en zonas entre Intihuasi y San Luis, como las ya mencionadas de Neuquén y provincia de Buenos Aires.

12. BRASIL.

No hay mucha información sobre la existencia de yacimientos precerámicos en el Brasil. En el área de Lagoa Santa, Minas Geraes, se ha realizado una serie de exploraciones arqueológicas en los últimos años (Walter 1948; Evans 1950). Las puntas de proyectil de hueso o piedra, encontradas en esas excavaciones son bastante diferentes a las que hemos estudiado aquí. Evans ilustra hachas de filo pulido "unshaped hammerstones, choppers from broken, natural pebbles and five rudimentary triangular points with short stems; complete and fragmentary bone points, stones with traces of red pigments and a large number of quebracocos" (op. cit., p. 342). Recientemente una expedición mixta brasileña-norteamericana ha explorado otras grutas dentro de la misma zona, de las que sólo se ha publicado una corta noticia (Hurt, 1956). En estas excavaciones se han hallado dos complejos culturales diferentes en ocho cuevas exploradas. El más antiguo se denomina complejo Cerca Grande y se caracteriza por hachas pulidas, láminas de cristal de cuarzo, raspadores, puntas de proyectil de hueso y simples martillos. Los enterratorios se hallan en posición genupectoral y en sepulcros delimitados por lajas y cubiertos de piedras. Esta cultura es relativamente reciente. No tendría más de unos 2.000 años, según los excavadores. El complejo cultural superpuesto al anterior ya contiene alfarería. Como puede apreciarse, el nivel precerámico mencionado es considerablemente distinto a los niveles precerámicos de las Sierras Centrales. Sólo hay un rasgo común: sería la presencia de quebracocos, llamados piedras con hoyuelos, en la Argentina de los que se hallaron sólo unos pocos ejemplares en Ongamira y que no aparecen en Intihuasi. Las hachas pulidas, sin cuello, en cambio, aparecerían también en Ongamira, en niveles relativamente recientes.

En otros lugares del Brasil han aparecido puntas de proyectil de considerable tamaño, pero faltan

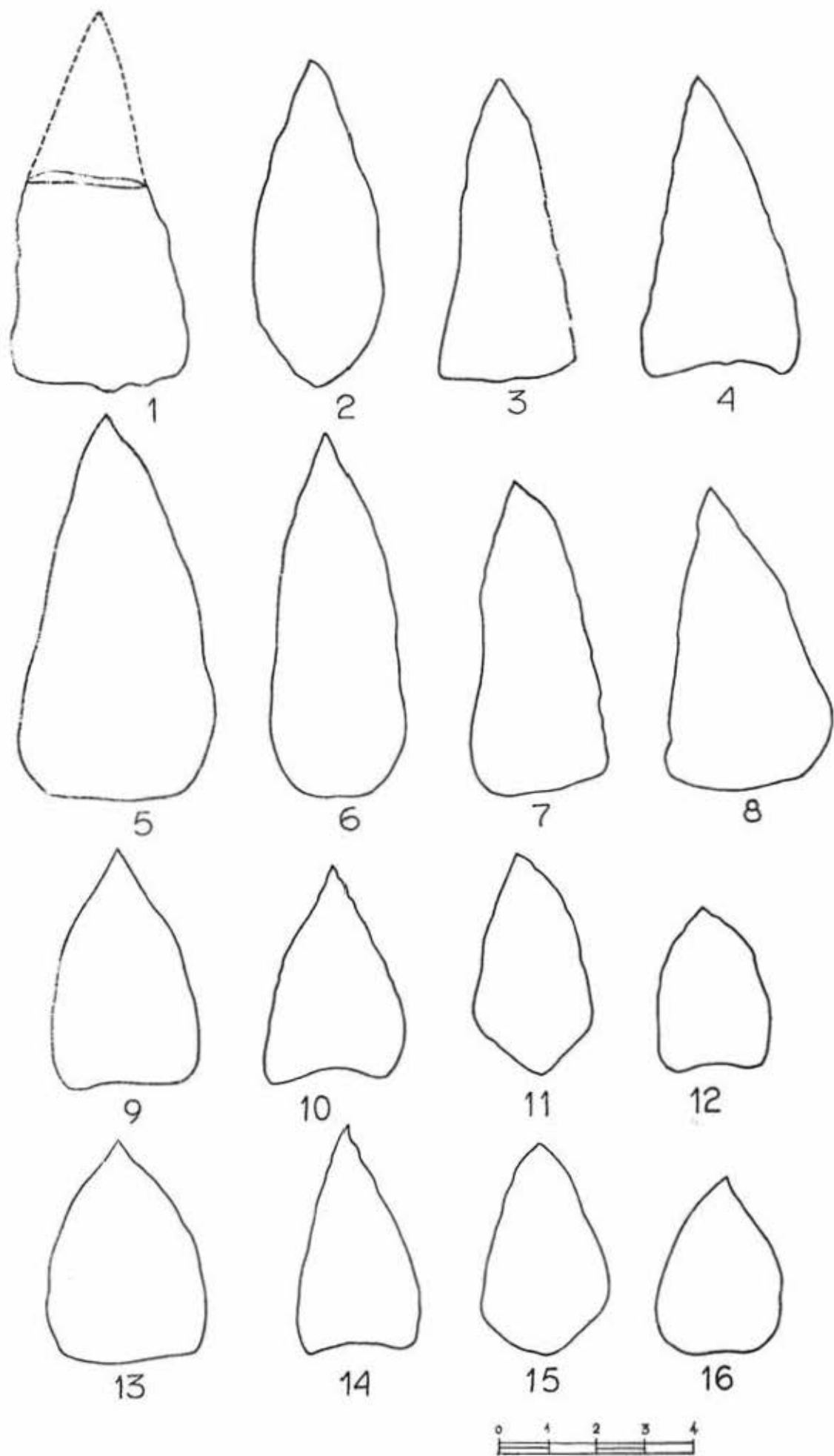


FIG. 50. — Puntas de proyectil de Intibuasi comparados con las del nivel III de la cueva de Palli Aike y Fells. 1 a 4 y 9 a 12 proceden de Intibuasi; 5 a 8 y 13 a 17 proceden de Palli Aike.

buenas descripciones de las mismas, así como de las condiciones de hallazgo. (López, 1927).

13. CHILE.

En el norte de Chile, en las cuidadosas excavaciones de Bird (Bird 1943) aparecieron niveles precerámicos tanto en la zona de Arica como en Pisagua y Taltal. Estos niveles precerámicos pueden correlacionarse entre sí y brindan una secuencia arqueológica que debe abarcar un considerable lapso de tiempo.

En Quiani o Pichalo aparecen con mucha frecuencia puntas de tipo lanceolado o de doble punta en los niveles prealfareros (op. cit. p. 259; figs. 30 d; 32 c; 34 b) y desde los niveles más profundos (j a o). Estas puntas se hallan asociadas a la cultura denominada por Bird "Shell Fishhook culture", que se halla adaptada a la vida costera y a la economía marítima. La similitud de esas puntas con las típicas de Ayampitín es indudable, aunque pareciera que la serie chilena muestra un espesor algo menor que las de las puntas típicas de Ayampitín.

Un detalle de gran interés es que, con posterioridad a la existencia de las puntas lanceoladas, aparecen en los mismos yacimientos puntas triangulares (op. cit. p. 259, figs. 27 d; 30 b; 32 d; 34 c) las que continúan luego y son los tipos más comunes en el período agrícola. Las puntas triangulares corresponden a los tipos de borde convexo o recto y base recta o escotada, al igual de lo que ocurre en Intihuasi. También aparecen las variedades de lados paralelos (27 d, ejemplar segundo de la izquierda), pero lo que es más interesante es la presencia en estas puntas de las que poseen *una barba o aleta más saliente que la otra* (op. cit. fig. 30 b). Se cumple en estas puntas de proyectil, en cierta medida, la misma secuencia que ocurre en Intihuasi, donde un nivel antiguo de punta lanceolada es suplantado, posteriormente, por otras variedades de puntas entre las que se hallan triangulares de formas distintas, que subsisten hasta las épocas agro-alfareras.

En Taltal las puntas dobles o lanceoladas ocurren casi desde los niveles más profundos (nivel F; op. cit. tabla 7 y fig. 44, p. 295, d). Se repite

la aparición: más tardía de las puntas triangulares escotadas o de base recta, las que se hallan a partir del nivel E y aumentan considerablemente en B (op. cit. fig. 44).

Estos yacimientos precerámicos chilenos presentan un utilaje esencialmente adaptado a la pesca y economía marítima costera. Por fuerza tienen que existir diferencias sensibles con culturas esencialmente mediterráneas, como fueron las de las sierras centrales. Aparte de la similitud en las puntas de proyectil existen en común otros elementos de tipo general.

Arica: raspadores laterales, raspadores de dos tas de conchas, retocadores de hueso de guanaco, filos o de filo único, martillos, manos, bolas, cuenperforadores, etc.

Pichalo: raspadores groseros, láminas, raspadores laterales, raspadores terminales, raspadores de dos filos, cuchillos de láminas, perforadores, manos, martillos, bolas, cuentas de collar.

Taltal: láminas de calcedonia, raspadores terminales, laterales de uno y dos filos, perforadores, martillos, retocadores de hueso de guanaco, perforadores, cuentas de conchillas, colgantes con gargantas, colgantes perforados.

Bastante más al sur de los hallazgos de Bird se han mencionado otros sitios precerámicos que consideramos muy importantes. Por desgracia no se hicieron excavaciones sistemáticas y las referencias sólo son hechas sobre material sin procedencia estratigráfica, hallado en la superficie del suelo de un gran abrigo de 60 m. de largo y 5 m. de ancho. Este abrigo se halla al margen N. del río Hurtado, a 60 km. de Ovalle y fue visitado por Iribarren Charlin, quien dejó un corto relato del mismo (Iribarren Charlin, 1949). Entre el material arqueológico han aparecido puntas lanceoladas de 6 o 5 cms. de largo y 1 cm de espesor, idénticas al parecer a las de Ayampitín, puntas de limbo triangular, de bordes rectos o convexos, y base escotada o recta; puntas pedunculadas de limbo triangular y pedúnculo ancho y angosto, con y sin aletas; cuchillos u hojas 3 a 5 cms. de largo; raspadores laterales. Otra vez estamos aquí en presencia de puntas lanceoladas y de puntas triangulares y es el caso de preguntarnos si el día que se realice aquí una buena

estratigrafía no volveremos a encontrar esas puntas de proyectil en niveles superpuestos.

14. BOLIVIA.

Una de las primeras referencias a yacimientos precerámicos en Bolivia se halla en el informe presentado por el geólogo francés George Courty (1913), quien relata de esta manera sus hallazgos que, correctamente, interpretaba como de cierta antigüedad. "Il est rationnel de penser que les endroits les plus élevés de l'altiplanicie bolivienne doivent renfermer l'industrie lithique la plus reculée du Sud-Amérique. En 1903 je decouvres entre San Pablo et San Vicente de Lipez au-dessus du Cerro Relave ou Relaves a 4.400 m. d'altitude un immense atelier de taille de quartzites noirs et verts, dans un point très éloigné de toute habitation d'Indians Quechuas. Cette decouverte a pour moi une haute importance, car les perçoirs et surtout les grattoirs ont, avec, notre néolithique européen, des analogues très grandes. Les grattoirs sont épais, lourds et la taille en plutor grossières. Je considère l'industrie du Cerro Relave comme la plus antique de Bolivie et peut-être de l'Amérique du Sud. A Huancané au-dessus du Cerro Huanco, entre San Vicente et Sn. Pablo á 4.350 m. d'altitude, il existe également une industrie lithique tres ancienne mais, au lieu de quartzites taille comme á Relaves ce son des silex jaspoides, extraits origináirement d'une roche trachitique. Je me garderoi bien maintenant d'établir ancienne synchronisme entre les periodes prehistoriques de l'Amérique et de l'Europe. Les industries a facies enolithique de Huancané et Relaves me paraissent étre contemporaines de nos périodes paleolithiques". (Courty, 1913, p. 44 y sig.).

Posteriormente a nuestros hallazgos y a la descripción de las puntas tipo Ayampitín en Argentina, Ibarra Grasso halló típicas puntas de esta forma en Viscachani, al S. de La Paz, camino de Oruro. Este yacimiento había sido estudiado por Díez de Medina y algunos especímenes fueron enviados a Buenos Aires donde Menghin les describió (Menghin 1953-1954). En el sitio de Viscachani existió un antiguo lago cuaternario. En los alrededores debió existir la población indígena

durante largo tiempo y al parecer se hallan mezclados los restos de diversas industrias. No existe estratigrafía y el material ha sido separado de acuerdo con la tipología. Menghin distingue dos categorías de instrumentos: 1) rudimentarios y 2) elaborados.

Los rudimentarios integrarían una cultura que denomina Viscachanense. Estaría formada por los siguientes instrumentos: a) puntas foliáceas; b) puntas de muesca lateral en la base; c) algunas especies de "Hachitas" de mano bi o monofaciales. Estos útiles presentan talla por percusión y son bastantes groseros. El material usado es cuarcita verdosa. En la serie de instrumentos más elaborados existen las siguientes formas: a) puntas lanceoladas de 40 a 45 mm. de largo y 15 mm. de ancho; b) puntas triangulares, con acentuada escotadura basal y de 40 a 80 mm. de largo y 30 mm. de ancho; c) puntas con pedúnculo de desarrollo imperfecto, las que a su vez presentan dos sub-tipos: 1) con limbo triangular y pedicelo trapezoide, sin aletas; 2) derivadas de las formas lanceoladas, algo rebajadas en la base y una punta foliácea. Estas piezas fueron confeccionadas por retoque a presión y presentan bordes lisos o dentados. Otros materiales del mismo yacimiento son: raspadores de diversos tipos: planos; plano-convexos; plano-cónicos etc.; muelas de molino o manos, a pesar de que no se hallaron molinos planos. El segundo grupo de útiles se compara al de Ayampitín, el que basándose en estos hallazgos se divide en dos grupos principales:

Ayampitínense I, que estaría representado por el sitio homónimo de Ayampitín y los hallazgos de Intihuasi y Ayampitínense II, representado por los hallazgos de Viscachani y piezas existentes en diversos museos. La edad del primero sería alrededor del 5.500 A.C.; la del segundo alrededor del 4.000 al 3.000 A.C.

Es muy probable que en este yacimiento de Viscachani se repitan las condiciones estratigráficas de las Sierras Centrales y del N. de Chile; es decir, que al nivel de las puntas lanceoladas más antiguas se superponga un nivel más reciente, con puntas triangulares sin pedúnculo. La falta de toda estratigrafía impide verificar esta posibilidad.

No creemos sin embargo que estemos autorizados a denominar Ayampitiniense II al nivel de las puntas triangulares sin pedúnculo. Ni en Intihuasi ni en el N. de Chile derivan de las puntas lanceoladas, sino que parecen representar una tradición diferente, que se superpone a la primera. La falta de estas puntas triangulares en el yacimiento de Ayampitín, en la Pampa de Otaen, contribuye a rechazar esa designación. Si queremos designar con un nombre propio el nivel de las puntas triangulares, será necesario usar el nombre de alguno de los yacimientos donde se las haya separado estratigráficamente. Creemos que el nombre de Intihuasense está más justificado, en ese caso, que el de Ayampitiniense II.

15. PERÚ.

El interés despertado por el estudio de las altas culturas hizo que se dejara de lado hasta hace poco la investigación de las culturas prealfareras. Sólo en los últimos años los arqueólogos han comenzado a interesarse por este problema. Una de las primeras referencias sobre yacimientos precerámicos la constituye la de Barrington Brown (1926). En Punta Picos, al S.O. de Tumbes, en El Estero, en Quebrada de Pozo Siches, y en las colinas de Caña Dulce. Sobre un tributario del valle de Mancora, encontró gran cantidad de láminas, algunas con retoques en los bordes. La presencia de hachas pulidas en el último sitio sugiere una intrusión de elementos más recientes o bien de que el conjunto pertenece a etapas culturales relativamente tardías.

También halló, en el segundo sitio mencionado manos de morteros, pulidores, ornamentos de concha. Es de preguntarse si no estamos en presencia de un posible pueblo agricultor, carente de alfarería.

El finado H. Tschopik describió los materiales procedentes de dos abrigos bajo roca situados en la vecindad de Huancayo (Tschopik, 1946). Desgraciadamente estos materiales fueron obtenidos en visitas rápidas y no se efectuaron excavaciones estratigráficas en esos abrigos ni tampoco en los otros abrigos mencionados en el mismo trabajo (op. cit. p. 73).

Entre los materiales recuperados en Huancayo hay piezas mono y bifaciales. Algunas de estas últimas, que hemos examinado en el American Museum, están trabajadas sobre láminas, de manera que presentan una cara bastante plana, pese a estar retocadas en ambas superficies. Entre el material de piedra excavado se hallan:

1. Puntas más o menos lanceoladas, de trabajo rudimentario.
2. Puntas más o menos lanceoladas, de trabajo más cuidadoso.
3. Raspadores laterales.
4. Raspadores terminales.
5. Núcleos.
6. Lajas o láminas prismáticas y triangulares.

Entre los artefactos de hueso hallamos:

1. Disco de hueso.
2. Perforador.
3. Colgante con agujero (?).
4. Hueso trabajado.

Las puntas de proyectil son lo que más nos interesa. Su largo oscila entre 4,5 a 3,3 cms. y el espesor es muy escaso; son lanceolados o almen dradas. Recuerdan ejemplares pequeños de las puntas de Ayampitín, de la gruta de Intihuasi, pero las de Huancayo son más delgadas. Además existen algunas con el esbozo de un pedúnculo. Es probable que la industria de Huancayo tenga sus raíces en una cultura similar a Ayampitín, pero tenemos la impresión de que se trata de una forma algo tardía de la misma. Es necesario completar los trabajos de investigación de estos importantes sitios.

Huancayo, al igual que Intihuasi es una industria de cazadores de guanacos y ciervos (op. cit. p. 76), pues parece que si bien los huesos han sido identificados como de llamas, en la práctica resulta bastante difícil decir si se trata de unos u otras.

Otro conjunto de instrumentos precerámicos fue hallado por Strong en la bahía de San Nicolás, a unas 45 millas al S.O. de la ciudad de Nazca (Strong 1957, p. 8). Entre los instrumentos recuperados se hallan varias puntas lanceoladas o de doble punta, de talla bifacial de 3 a 5,5 cms. de largo.

Hay raspadores laterales, un perforador y cuchillos de obsidiana, aparte de un cierto número de láminas y nódulos. Las puntas de proyectil son de trabajo bifacial, pero entre los raspadores hay ejemplares monofaciales. El yacimiento es un conchero (shell mound) con restos de carbón, fogones, rocas partidas, huesos de leones marinos y de pájaros.

Recientemente, Gay Vecelius ha vuelto a visitar el yacimiento de San Nicolás, donde obtuvo una doble punta y varios raspadores, uno de ellos de tamaño considerable (1).

Las puntas lanceoladas, y aún las denominadas de doble punta, son similares a puntas Ayampitin de Intihuasi, sobre todo en formas pequeñas que, al parecer, forman los niveles más tardíos de esa cultura. También guardan similitud con puntas del N. de Chile, según lo señala Strong (op. cit. p. 10). El geólogo alemán Schroeder investigó una serie de abrigos bajo roca, en el departamento de Puno. Un relato de sus hallazgos fue hecho por éste y Menghin (Menghin y Schroeder, 1957). Parte de los materiales e informaciones epistolares de Schroeder se hallan en el A.M.N.H., donde fueron puestas a nuestra disposición por gentileza del Dr. Junius Bird.

Los principales hallazgos fueron hechos en el valle del río Ichuña, Dep. de Puno, en un abrigo a 2,5 km. del pueblo de Ichuña. Este abrigo tiene 7 por 3 m. y allí Schroeder realizó una trinchera de sondeo, que llegó a 1 m. de profundidad. Existen tres capas superpuestas, pero la extracción de los materiales se hizo sin cuidar la estratigrafía (op. cit. p. 44). Los materiales hallados son los siguientes:

1. Puntas de proyectil triangulares, de limbo convexo o recto y de base con escotadura poco marcada.

2. Puntas de proyectil análogas a las anteriores, pero de escotadura pronunciada.

3. Puntas de proyectil análogas a las anteriores, pero con una barba lateral más larga en uno de los lados.

4. Puntas de limbo triangular y pedúnculo ancho. Algunas de las puntas tienen el limbo aserrado.

5. Láminas, algunas con señales de uso.

6. Raspadores de borde circular o subcircular y base puntiaguda. Algunos parecen pertenecer a la categoría de raspadores terminales.

7. Se halló un sólo molino.

8. Una lezna de hueso de 16 cms. de largo y algunas esquiras de hueso con borde cortante.

9. Dos cuentas tubulares de hueso.

10. Ocho cuentas de piedra, en forma circular achatada, con agujero central.

11. Un tortero de piedra.

Al material de Ichuña hay que agregar algunas piezas que el Dr. Schroeder envió en calidad de donación al Museo Americano de Historia Natural. Estas piezas fueron recogidas en varios abrigos distintos. En una carta a H. Tschopik, de octubre 5 de 1956, el Dr. Schroeder habla de lugar Arcata, con numerosos abrigos bajo roca, en los que halló culturas precerámicas. Aquí todos los útiles son de obsidiana y en una trinchera de 6 m. encontró "...forty arrowheads and a couple of a very characteristic scrapers...". En una segunda carta, fechada el 28 de diciembre de 1956 dice que exploró otro abrigo, 200 m. aguas arriba del primer lugar.

En el Museo se conserva un pequeño raspador microlítico de obsidiana de este segundo abrigo. En la misma colección existen una punta pedunculada y una triangular, sin pedúnculo; un perforador de hueso y una lámina de obsidiana, procedentes de Ichuña y análogas a las ya descritas.

Las puntas triangulares de Ichuña son similares a las del nivel cultural I y II de Intihuasi. Es de gran interés la presencia de puntas de una barba

(1) Vecelius: Some New finds at San Nicolás, M. S.

saliente, iguales a las que se hallan en el Intihuasi I y en el N. de Chile. Un rasgo tal, no puede ser producto de una coincidencia en los tres lugares enumerados. Por otro lado, puntas pedunculadas de pedúnculo ancho y limbo aserrado aparecen en el N.O. argentino (Rex González 1952, Lám. XIII, fig. c), pero su posición estratigráfica aún resulta dudosa. Puntas de pedúnculo ancho, más o menos similares, aparecen también en el N. de Chile; a menudo se asocian a las puntas lanceoladas (Bird 1943, fig. 32 b; 34 a; 44 b), sobre todo en los niveles más antiguos. Los dos útiles de hueso hallados son objetos simples, que tienen su equivalente en Intihuasi, en cambio las cuentas de piedra de este último yacimiento son muy diferentes a las de Ichuña. Las de Intihuasi son delgadas y de diámetro mucho mayor. Los raspadores terminales se hallan, aunque no con gran frecuencia, en Intihuasi, en cambio el tipo de forma acorazonada no ha sido hallado en nuestras excavaciones.

En el N. del Perú, Bird halló restos de culturas precerámicas y Larco Hoyle (Larco Hoyle 1948, p. 11 y siguientes) en Pampa de Paijan. Los útiles hallados consisten en "puntas de lanza y de dardos, raspadores, cuchillos y punzones, hechos a percusión en pórfidos de color amarillento rojizo", juntamente con núcleos y láminas. Las puntas son de dos formas diferentes"... las alargadas de punta aguda y forma triangular, y las ojivales, de punta redondeada y de base gruesa las que posiblemente fueron usadas como cuchillos". Todas son pedunculadas. En lám. I, el autor ilustró un ejemplar de estas puntas pedunculadas de dimensiones considerables (op. cit., p. 63, lám. I). El aspecto de esas puntas pedunculadas es muy diferente al de las puntas de tipo Ayampitín y a las pedunculadas del N.O. argentino.

Mrs. Mac Bain halló una serie de yacimientos precerámicos entre el lago Titicaca y Arequipa (Mac Bain 1954-1955), pero, por desgracia, los materiales se perdieron y no existen descripciones de los mismos.

Son de gran importancia las investigaciones efectuadas por el Dr. Engels quien a publicado (1957) una serie de yacimientos precerámicos en la costa peruana. En Río Seco del León (op.

cit. p. 123) encontró numerosos útiles líticos: martillos, manos, láminas trabajadas, pesos de redes, proyectiles de hondas y una punta de proyectil o cuchillo; pero esta única punta es bastante diferente de los elementos Ayampitín.

En Playa Chira (op. cit. p. 125 y lám. XXXIV, figs. 7, 8) aparecieron típicas puntas lanceoladas, muy parecidas a las recuperadas por Strong en San Nicolás. También apareció una punta triangular, sin pedúnculo, de lados y base recta (op. cit. lám. XXXIV, fig. 9). Asociados se hallaron otros útiles de piedra y rodados, con marcas de pintura roja. De Otuma proceden algunas puntas de proyectiles en forma de hoja y bolas. De Boca de Ica, algunos molinos planos o metates; algunos con restos de color rojo en la superficie; esquiras y láminas; martillos, esquiras y láminas de obsidiana y puntas de proyectil de obsidiana, trabajadas a presión, en forma de hoja, con base convexa, que al igual que las de Huancayo, pueden haber sido trabajadas a partir de pequeñas láminas (op. cit. p. 127). En Pampa Colorada halló gran cantidad de núcleos y láminas, cuchillos y raspadores trabajados por retoque a presión, pero lo más importante son las puntas de proyectil. Predominan las puntas pedunculadas (op. cit. pl. XXXIV, fig. 2), pero existen puntas en forma de hojas y otras triangulares, de base recta. Existen numerosos raspadores, retocados en casi todo su perímetro; junto con estos útiles existen otros trabajadores exclusivamente por percusión. También se hallan molinos planos y manos (op. cit. p. 130).

En Playa Chira halló una serie de puntas, entre las que existen puntas de obsidiana, con pedúnculo y aleras salientes, puntas en forma de hojas con base convexa, puntas alargadas, con base recta, cuchillos anchos en forma de hojas, raspadores retocados en todo el contorno, raspadores laterales, raspadores bilaterales, cuchillos ovales, martillos y rodados usados como pulidores.

De Pampa de Paijan proceden algunos útiles líticos, entre ellos un gran raspador, trabajado en todo el contorno, puntas pedunculadas de pedúnculo largo y estrecho y una base convexa, muy parecida a la base de las puntas Ayampitín (PL. XXXIV, abajo).

Por la lista de sitios que preceden, puede verse que la serie de puntas en forma de hojas o francamente lanceoladas son muy frecuentes y que en menor grado aparecen puntas triangulares. Las primeras son en todo semejantes a las halladas por Strong en San Nicolás, por Bird en Chile y en Huancayo. Con Chile las relaciones pueden ser establecidas en otros elementos, particularmente en aquellos de material perescible. Será muy importante si en el futuro puede establecerse una relación cronológica relativa entre los diversos sitios y ver cómo se comportan, en la secuencia, los diversos tipos de puntas de proyectil.

Hallazgos interesantes para nosotros, son los efectuados por el Ing. Cardich, en la zona de Lauricocha, en las fuentes del Marañón, sobre la cordillera Raura, provincia de Dos de Mayo (Cardich, 1958). Allí, en siete excavaciones, realizadas a 4.000 m. s. n. m. pudieron separarse 3 niveles arqueológicos, de los cuales 3 son precerámicos. Este complejo precerámico se denomina Lauricochense. Al más antiguo se le asigna una edad postglacial temprana, es decir 8.000 a 6.000 A. C. La mejor estratigrafía fue hallada en una caverna de 6 m. por 4.50 m. (op. cit. p. 36). En la capa más superficial halló restos coloniales e incaicos en la siguiente (IV) encontró cerámica, que el autor asegura es similar a la de Ancon, y algunos elementos similares a los descritos por Tschopik, procedentes de los abrigos de Huancayo. En el horizonte III, que abarcó desde 1.50 m. de profundidad hasta 3.00 m. encontró algunos huesos usados como instrumentos; puntas de proyectil foliáceas o lanceoladas, con la base algo mayor que el limbo; raspadores terminales y otros trabajados en todos los bordes. También encontró un puñal de hueso asociado a las puntas lanceoladas (op. cit. p. 44), cuchillos y puntas y útiles de hueso, que por desgracia no se ilustran ni describen en detalle. También se mencionan leznas, punzones, cuchillos y espátulas. Es de interés la aparición de puntas dobles, es decir, de base más o menos aguzada.

En el horizonte II hay gran abundancia y perfección de instrumental lítico. Las puntas son de mayor tamaño y de mayor perfección que las del nivel precedente. Existen raspadores trabajados en

un solo lado y puntas lanceoladas, de borde aserrado. Otras con base ligeramente curva o casi recta; puntas grandes de retoque bifacial. Un elemento muy típico es el cuchillo de filo curvo. Existen también puntas toscas, amigdaloides.

El nivel I se halla entre los 3 y 3.70 m. La industria lítica es algo más primitiva. Se hallan lascas usadas directamente. Se diferencia de los otros niveles por las siguientes características:

1. trabajo más rudimentario de sus artefactos.
2. instrumentos menos numerosos.
3. raspadores de bisel más obtuso.
4. carece de cuchillos asimétricos.

Esta secuencia arqueológica es de gran interés, pues en lo general revela que una tradición de puntas lanceoladas, análoga a las puntas de Ayampitín y El Jobo, se encontraba en fecha temprana en el corazón de los Andes peruanos, confirmando las previas sospechas que teníamos a este respecto, después de los hallazgos hechos en Las Sierras Centrales y el N. O. argentino y el posterior descubrimiento de El Jobo. Pero las similitudes existen también en algunos aspectos particulares de la secuencia y en algunos detalles.

Las puntas lanceoladas del nivel III de Lauricocha son más pequeñas que las del horizonte subyacente. Esto ocurre también en la estratigrafía de Intihuasi. Las puntas Ayampitín más recientes son más pequeñas y mucho menos perfectas que las de la capa más profunda. Otra similitud de gran interés es que las puntas de bordes aserrados existen en un nivel profundo. En Intihuasi la frecuencia de puntas, con bordes dentados corresponde también a los niveles inferiores. Por otra parte, esta característica tipológica es compartida por igual por materiales de El Jobo y una de las puntas halladas con el segundo mamut de Santa Isabel Iztapan (Cruxent 1956, p. 177, comentario de H. M. Wormington).

Estos bordes dentados se produjeron, en todos los casos apuntados, por el uso de una técnica similar de retoque.

Otra similitud entre Lauricocha y El Jobo es la presencia de cuchillos de borde curvo de tra-

bajo unifacial. Compárense las figuras de Cardich N° 15 y 16 (op. cit. p. 49) y las de Cruxent 2 y 9; fig. 3 (op. cit. p. 175).

A las analogías formales se une la analogía técnica. En ambos casos se trata de útiles unifaciales, trabajados en el borde por retoque y, lo que es más, útiles unifaciales que ocurren dentro de una industria esencialmente bifacial. En Intihuasi también se dan, los cuchillos de borde curvo, de labor uniface aunque excepcionalmente.

Las puntas lanceoladas de Lauricocha de base muy ligeramente convexas o con tendencia a ser casi rectas (op. cit., fig. 13 b, p. 46) recuerdan a las del N.O. Argentino, que hemos denominado de Ayampitín de base recta. Los raspadores análogos a los del horizonte II de Lauricocha aparecen en Intihuasi. Lo mismo ocurre con alguna de las puntas más o menos amigdaloides. Por último hay que señalar que tanto Lauricocha como Ayampitín fueron cazadores de dos géneros de mamíferos análogos: el *Hippocamelus* y, fundamentalmente, de *Lamas*.

Otra analogía entre el complejo de Lauricocha y El Jobo es la aparición de puntas dobles o de base aguzada. Estas no aparecen en Intihuasi, pero ocurren en los niveles precerámicos de puntas lanceoladas del N. de Chile y en el Perú, en la bahía de San Nicolás.

Al lado de las analogías apuntadas hay que señalar algunas diferencias: tanto en Lauricocha como en El Jobo faltan las piedras de moler y sus manos, abundantes en la cultura Ayampitín. Esto indicaría, si hubo, como creemos, una relación genética entre los tres, que Ayampitín aculturó los hábitos de un pueblo recolector, hábitos que mantuvo junto con los de una economía esencialmente de cazadores. Esta aculturación debió hacerse pues, en épocas posteriores a la separación de Ayampitín, del núcleo primigenio cazador que le dió origen. Fuera de estas importantes diferencias entre Ayampitín y Lauricocha-El Jobo; existen algunas otras, de detalle, entre las dos últimas. Pero no creemos que son fundamentales. Por ejemplo, los magníficos cuchillos unifaces de El Jobo (1956, fig. 3, (14), p. 175) no aparecen en Lauricocha, pero es necesario tener en cuenta que el material presentado hasta ahora

en conjunto con el rótulo de El Jobo corresponde por lo menos a 7 sitios diferentes y que es de esperar diferencias temporales y tipológicas entre ellos, de manera que una comparación en detalle debe, lógicamente, para ser valedera, esperar hasta la publicación definitiva de esos importantísimos materiales.

No pueden dejarse de mencionar los sitios precerámicos de Perú sin citar los importantes hallazgos de Bird en Huaca Prieta (Bird 1948). En esos yacimientos, la tradición cultural del instrumental lítico de esos agricultores primitivos es muy diferente del usado por los cazadores que habitaron las Sierras Centrales y no puede establecerse ninguna similitud. Se trata de dos tradiciones culturales que no guardan relación entre sí. En los otros casos examinados, como los estudiados por Strong y Engels o por Bird en el N. de Chile, es probable que se trate de pueblos cazadores mezclados a culturas de tipo marítimo-costanero o adaptados a ella; los vínculos con pueblos cazadores mediterráneos pueden verificarse aún en algunos instrumentos. No puede ser cuestión de simple casualidad que en la costa del N. de Chile se encuentran puntas triangulares con una barba más prominente que la otra y que estas mismas puntas aparezcan en el interior del continente, tanto en Perú como en el Centro de la Argentina, sucediendo a niveles más antiguos, donde predominan o no son desconocidas las puntas lanceoladas.

16. VENEZUELA.

Un hallazgo de gran importancia en conexión con la cultura de Ayampitín, y, por lo tanto, con la capa más antigua de Intihuasi es el realizado por Cruxent en El Jobo, estado de Falcón en el N.O. de Venezuela. Los artefactos líticos proceden de siete sitios diferentes, y quizás sea posible, en el futuro, encontrar diferentes tipológicas y cronológicas entre algunos de esos sitios. Los útiles proceden de la superficie del suelo y el complejo consiste en puntas de proyectil de forma lanceolada o de doble punta o bien de base casi recta (op. cit. fig. 2). Están retocadas en ambas caras, al parecer por un retoque paralelo que, a veces,

produjo un borde dentado. Las puntas son espesas y de un largo variable, entre 5 y 8 cms. Están fabricadas en cuarcita. Junto a las puntas se han hallado, martillos groseros; cuchillos monofaciales de borde curvo; cuchillos angostos, finalmente trabajados en una cara; cuchillos monofaciales, de contorno rectangular; raspadores laterales, etc. No se hallaron útiles de molienda ni útiles de hueso de ninguna clase. No existen testimonios sobre la estratigrafía ni sobre la paleontología local y las únicas dos pruebas de radiocarbono no dieron resultados (Barelsen, 1957, p. 7; 438-439).

Ya hemos señalado las similitudes de la punta del Jobo con las de Lauricocha y Ayampitín, lo mismo la de los cuchillos curvos de estos sitios. Aunque hay que señalar que en viajes recientes Cruxent ha encontrado, en los mismos sitios, puntas pedunculadas (op. cit., p. 176). Un hallazgo anterior de Dupuy indicaba la presencia de puntas lanceoladas, similares a las del Jobo, en el Estado de Carabobo (Dupuy, 1945).

Wormington ha señalado las similitudes entre las puntas del Jobo y las del segundo Mamut de Santa Isabel. Además una de esas puntas se encontró en el nivel de las puntas Folsom en la cueva de Sandía. Mott Davis señala las similitudes de las puntas de El Jobo con la de Agata Basin, indicando la mayor delgadez de estas últimas, cosa que hemos tenido ocasión de comprobar al examinar esa serie, puesta a nuestra disposición por gentileza del Dr. Frank F. Roberts. Por su parte Alex Kriger ha señalado similitudes de las puntas de El Jobo con los tipos de Nebo Hill y Lerma (op. cit., p. 177). Estas últimas se hallan en Texas y Tamaulipas. En el S. E. de los E. U. alcanzan hasta Alabama, donde se las halló asociadas con puntas Clovis acanaladas. Alcanzarían, por otro lado, hasta la provincia de Alberta, en Canadá. Para este autor, El Jobo tendría conexiones con los más antiguos complejos líticos norteamericanos, pero quizás posteriores a los de las puntas de Sandía, Clovis y Folsom, es decir a periodos de las puntas del tipo "Nebo Hill", Lerma Angostura, Plainview, Meserve y otras, que también incluyen, a veces, instrumentos de molienda.

17. ECUADOR.

No se han descrito en detalle, hasta donde sabemos, industrias precerámicas de Ecuador. Jijón y Caámaño ilustra una punta pedunculada hallada en la cordillera de Puengasí, (mide 116 mm) de largo. Está trabajada en obsidiana y posee retoques en ambas caras. Se ignora el contexto que la acompañaba. Lo mismo ocurre con los raspadores y las láminas de obsidiana hallados en los montículos de la costa, que el autor compara a "los productos de una industria mousteriana" (Jijón y Caámaño 1918, Lám. III y IV). Uno de estos útiles es un típico cuchillo de filo curvo. (Lám. III). Si la punta de Puengasí perteneciera a un contexto precerámico, demostraría, junto con la de la Pampa de los fósiles en Perú, la existencia de una tradición de puntas pedunculadas en el área andina del N. Si bien hay que hacer notar que esta punta de Ecuador es bastante diferente a la ilustrada por Larco (Larco Hoyle, 1948). Una segunda punta trabajada también en obsidiana es la ilustrada por Verneau y Rivet (1912, p. 137, lám. VI, fig. 11). Procede de Chiltazon, en la región interandina. Está cuidadosamente retocada en ambas caras y, desgraciadamente, la forma no se conoce por rotura. La parte conservada mide 107 mm. de largo y 37 mm. de ancho por 9 mm. de espesor. Si fué una punta lanceolada su espesor considerable, la vincula indudablemente a las de Ayampitín.

18. COLOMBIA.

Pocas referencias se hallan sobre yacimientos precerámicos en Colombia. Se han hallado algunas puntas, pertenecientes probablemente a etapas precerámicas, entre ellas una punta con pedúnculo hallada a 7 m. de profundidad en El Espinal, departamento de Tolima (Robledo 1955). Otras tres puntas de sílex fueron halladas en Ibagué: dos poseen pedúnculo corto, el tercer ejemplar desapareció y no existen datos sobre el mismo. Otro ejemplar de 8 cms. de largo fué hallado en Santander y otras puntas pedunculadas aparecieron en el Dpto. de Manizales.

19. PANAMÁ.

Un descubrimiento muy interesante de un sitio precerámico fue el realizado por Mac Guinsey en Cerro Mangote (Mac Guinsey, 1956). Se trata de una cultura que utilizó piedras de moler y en la que faltan puntas de proyectil. Linné había encontrado antes algunos sitios al parecer precerámicos en la zona de Darién, pero no dió descripción de los artefactos hallados (Linné 1929, pág. 52, fig. 14).

Ya fuera de Centro América y, por lo tanto, fuera de los límites de este ensayo, debemos mencionar los hallazgos del valle de México, pues son muy interesantes para las posibles vinculaciones de las culturas precerámicas de Sud América.

Se trata del horizonte de cazadores de mamute que vivió a fines del pleistoceno. Con el mamut de Santa Isabel de Iztapan se hallaron un cuchillo biface retocado por presión (Aveleyra, 1956, p. 22) y dos puntas: una de contorno lanceolado, de 8 cms. de largo, tallada a presión en sus dos caras, perteneciente al tipo Angostura, de gran distribución en las Planicies de América del Norte a comienzos del postglacial. La segunda punta tiene forma de hoja de laurel, de base convexa o ligeramente puntiaguda y de considerable espesor. Está fracturada en un extremo. Este último ejemplar es sumamente interesante, pues reproduce en todos sus detalles —tamaño, forma y espesor— las puntas de Ayampitín típicas y por ende a las del Jobo.

Es una verdadera pena que no se haya hallado en México el contexto completo que acompaña a las puntas de Santa Isabel, pues los hallazgos realizados hasta ahora sólo son de los útiles ais-

lados que quedaron en el sitio de la muerte de los grandes proboscídeos. El día que conozcamos el patrimonio completo de esa cultura de cazadores de elefantes, seguramente las analogías con El Jobo, Lauricocha y Ayampitín, podrán multiplicarse y estaremos en mejores condiciones para poder trazar los orígenes de los mismos. En Lauricocha y Ayampitín no existe fauna extinguida pleistocénica. Cosa que ocurre en Santa Isabel. Esta debe ser, por lo tanto, la más antigua, y lógicamente, la que está más cerca del tronco originario de donde se originaron aquéllas. Los hallazgos de Santa Isabel pertenecerían a fines de la última glaciación, es decir que tendrían unos 10.000 años de antigüedad, por lo tanto no habría gran diferencia temporal con los 8.000 atribuidos a las más viejas oleadas de la cultura de Ayampitín. Una diferencia de 2 o 3 mil años no es fundamental, pues bien sabemos de la perduración, sin mayores cambios, de estos horizontes líticos primitivos.

La relación de los tipos de puntas halladas en Santa Isabel con los tipos norteamericanos de Angostura y de Agata Basín, es muy importante, pues en esta forma tenemos, por primera vez, un horizonte integrado por puntas de proyectil lanceoladas, representado en América del Norte por los hallazgos de Angostura y Agata Basín; en Mesoamérica, por los hallazgos de Santa Isabel; en Venezuela por El Jobo y luego en Perú, Bolivia y Argentina, con los diversos hallazgos de las puntas de Ayampitín. No es muy aventurado suponer que en el futuro quizás pueda seguir toda una cadena de hallazgos, en las zonas intermedias entre los jalones marcados por los lugares mencionados.

XI. RESUMEN Y COMENTARIOS

La excavación arqueológica sistemática en cavernas practicadas en América es el producto de las investigaciones realizadas en las últimas décadas. La escasez de trabajos en este tipo de yacimientos arqueológicos se debió a la falta de interés de los arqueólogos por el estudio de las protoculturas y a la poca antigüedad atribuida al in-

dígena americano. El resultado obtenido con la excavación de abrigos y cavernas ha sido realmente extraordinario y ha hecho progresar enormemente a la prehistoria americana.

En este trabajo presentamos la descripción de los materiales y el análisis cultural de la estratigrafía arqueológica recuperada de los depósitos de

la caverna de Intihuasi, situada en las Sierras Centrales, de la República Argentina.

Las Sierras Centrales proveyeron muy buenas condiciones ecológicas para la ocupación humana desde los tiempos postglaciales tempranos; de aquí que las cavernas de esta área puedan proporcionar importante información sobre los núcleos primitivos de la población aborigen de Sud América. Las condiciones ambientales favorables pudieron existir aún antes del postglacial, ya que durante el Pleistoceno las Sierras Centrales estuvieron libres de hielo. La posibilidad de que durante las últimas fases de la última glaciación el área estuvo ya habitada parece substanciarse con los hallazgos de Cándonga y la estación III del Observatorio Astronómico de Córdoba. Pero aún es necesario realizar muchas investigaciones en este sentido.

Lo que por el momento podemos afirmar a ciencia cierta, es que en los comienzos del Postglacial, en un período que parece corresponder al Atlántico de Europa, el hombre habitaba las Sierras Centrales de la Argentina.

La historia paleoclimática de la caverna de Intihuasi, del sitio de Ayampitín y lugares aledaños y sus correlaciones con los perfiles geológicos de los Ríos de La Carpa, Conlara, Primero, etc., prueban que, durante este período, en estas regiones prevalecían condiciones de mayor humedad. Estas condiciones se reflejan en los numerosos lagos, lagunas y pantanos que entonces existieron. El estudio de esos perfiles de las ditasomeas y sedimentos turbosos de las secuencias sedimentarias de los sitios mencionados, proporciona pruebas suficientes para tales conclusiones. De esta manera, miles de años atrás, esta área proporcionó un medio ambiente muy favorable para los grupos cazadores y recolectores que la habitaron. Hoy en día la situación es algo distinta y aquellos depósitos se hallan completamente secos.

La excavación estratigráfica de la caverna de Intihuasi, lo mismo que varios otros lugares, muestra que la primera cultura bien conocida que llegó a las Sierras Centrales era de hábitos cazadores y recolectores, perteneciente a la cultura Ayampitín o al complejo que aquí pertenece al nivel Intihuasi IV. Sus fuentes económicas principales

derivaban de la caza del guanaco (*Lama guanicoe*), del ciervo (*Ozotoceros Hippocamelus*) y, secundariamente, de caza menor. Esta cultura debió proceder del Norte y debió seguir a lo largo del corredor andino y subandino. Cultura de cazadores con puntas en todo idénticas han sido identificadas, después de publicados los hallazgos de Ayampitín, en Venezuela, Perú, Bolivia y Chile. Es lógico que esperemos que se los halle en Ecuador y Colombia. En los valles andinos las culturas cazadoras que usaron estas puntas debieron encontrar condiciones muy favorables a fines de la última glaciación y comienzos del postglacial. Pero esta tradición de puntas apedunculadas no fue, la única. En el momento en que se hallaba establecida en Intihuasi, y aún antes, ya en Patagonia existía una tradición de puntas pedunculadas, las halladas en el nivel I de la secuencia de Bird.

Los elementos más típicos de la cultura más antigua recuperada en Intihuasi son las puntas lanceoladas o almendradas, fabricadas en cuarzo, de origen local. Aparentemente se usó el atlatl o lanzadardos. Al lado de la caza se utilizó la recolección de semillas. Numerosas piedras planas, conanas o metates y manos, con la superficie alisada, atestiguan la práctica de la molienda. Probablemente las semillas de algarrobo eran una fuente importante de alimento.

Otros especímenes pertenecientes a esta misma cultura son ornamentos circulares de piedra y algunos adornos fabricados de mica reortada. El uso de pieles preparadas está atestiguando por la presencia de numerosos raspadores, la mayoría de gran tamaño y de no muy cuidadosa terminación. Quizás pertenezcan a esta cultura algunos fragmentos de placas con motivos geométricos grabados. De ser así, tendríamos aquí los primeros representantes rudimentarios de una serie de elementos que, en períodos posteriores, llegaron a ser muy significativos en la arqueología de Patagonia.

El instrumental de hueso consiste en toscos perforadores hechos de astillas óseas; otros realizados en asta son algo más perfectos. Una aguja de hueso parece integrar este complejo, aunque es algo dudosa por su extremada perfección. El uso de pigmentos minerales era bastante frecuente, pero

sin alcanzar el alto porcentaje que adquiere en los niveles más recientes.

Los fogones y deshechos de este período son más pequeños y menos extensos que los que se hallan en niveles más recientes. Las capas del nivel IV de Intihuasi han sido fechadas, por el método del radiocarbón en 7970 ± 100 y 8.068 ± 95 años.

Un cálculo previo había establecido que la industria de Ayampitín era equivalente al Atlántico de la clasificación europea de Blytt-Sernander, o sea alrededor de 5500 A.C. Las dos fechas derivadas de dos métodos distintos, coinciden bastante bien.

El complejo de Intihuasi IV, o Ayampitín se estableció en las Sierras Centrales y permaneció sin mayores modificaciones por un largo lapso. Posteriormente, otra cultura arribó dentro de su área; a ésta pertenece el complejo de Intihuasi III. Los elementos característicos son bastantes similares a los previamente establecidos, con la introducción de algunos elementos nuevos. Los artefactos más característicos son un nuevo tipo de punta triangular, carente de pedúnculo, con base recta o cóncava, las que poco a poco van desplazando las puntas lanceoladas. El complejo del nivel III es un complejo de elementos mezclados. Mucho más claro como contexto cultural, resulta el complejo II de Intihuasi. Aquí a las puntas triangulares grandes y medianas, que habían aparecido precedentemente, se agrega toda una serie de nuevos utensilios, tales como los ganchos de propulsor de piedra finamente pulidos, o los ganchos de hueso. Estos ganchos de piedra pulida debieron ser incorporados muy hacia el final del período II, pues por la naturaleza de la técnica empleada, no creemos que pudieron ser muy antiguos.

También hace su aparición una serie de utensilios óseos muy bien trabajados. Entre ellos se incluyen "puñales", retozadores de varios tipos, agujas, tubos y puntas embotantes. Los molinos planos se usaban con más frecuencia que en la cultura de Ayampitín. También parece ser más frecuente y más variado el uso de pigmentos en este horizonte. La cantidad de huesos de animales acumulados en esta época sugiere una mayor

densidad de población y una mayor frecuencia de rocas ajenas a las Sierras Centrales, prueba que ámbitos ambulatorios de los indígenas o el comercio alcanzaba regiones muy apartadas, quizás la zona cordillerana del Sur de Mendoza y Neuquén.

Las típicas puntas del complejo II y III, de Intihuasi aparecen en Neuquén y la provincia de Buenos Aires, donde se extienden por casi todo el territorio. Es probable que el día que puedan estudiarse, de manera más o menos completa, los contextos culturales de aquellas dos provincias las relaciones culturales podían establecerse de manera más específica. Una notable coincidencia de ciertas formas del Intihuasi II y III se halla con el nivel III de la cueva de Palli Aike. Pese a que la coincidencia radica, por el momento, casi exclusivamente en las puntas de proyectil, creemos que debió existir una relación histórica y genética entre las culturas de dichos niveles en ambos lugares. No poseemos datos para fechar el complejo II pero es probable que su existencia se prolongara hasta las proximidades del comienzo de la era cristiana. Hacia el final de este complejo fueron incorporados algunos elementos culturales nuevos, sugiriendo influencias extrañas, entre ellos, el uso de piezas modeladas en arcilla sin cocer y la presencia de una mano de mortero con dibujos pintados con motivos escalonados, bastante complejos. Este último sugiere influencias de las culturas agro-alfareras más tempranas del N.O., tales como la de Condorhuasi, que hizo un uso frecuente de las guardas y motivos escalonados.

En esta época se usó la deformación circular del cráneo, aunque por ahora es difícil decir, a ciencia cierta, en qué momento fue introducida esta costumbre. Un hecho general muy interesante es que al antiguo complejo cultural de puntas lanceoladas se superpone uno con puntas de proyectil de limbo triangular, carentes de pedúnculo. Este hecho parece repetirse en la costa chilena y en el altiplano de Perú y Bolivia y debe ser tenido en cuenta en el futuro. No hay duda de que la tradición de esas puntas triangulares llegó a Intihuasi procedente del N. Por lo tanto es de esperar que la encontraremos en el N.O. argentino.

Al parecer sin interrupción en la secuencia, al final del complejo II de Intihuasi aparece una nueva cultura en las Sierras Centrales. Los artefactos de esta nueva cultura —Intihuasi I— incluyen puntas de proyectil muy pequeñas, con profunda base escotada y lados predominantemente convexos. El predominio de puntas pequeñas sugiere la aparición, en este momento, del arco y la flecha. Un carácter cultural muy importante, añadido aquí, es la aparición de la alfarería. La frecuencia de los raspadores microlíticos y de diferentes tipos: pero de cuidadosa factura sugiere un mayor desarrollo y una técnica más cuidadosa en el trabajo de las pieles. El comercio e intercambio y, quizás, largos peregrinajes está atestiguado por la presencia de útiles trabajados en rocas foráneas. Cuando fue introducida la agricultura en las Sierras Centrales, los abrigos rocosos y las cavernas entraron progresivamente en desuso, sustituidos, como vivienda, por la casa-pozo. La información cultural de este período suministrada por la arqueología se completa con las crónicas históricas.

El estudio de la secuencia de Intihuasi es muy interesante, pues sirve, admirablemente, para darnos una visión histórica de la arqueología de las Sierras Centrales y poner en orden histórico muchos de los materiales de esta zona. Fuera de estos detalles de interés local, existen otros de interés general que iluminan ciertos aspectos de la prehistoria de las regiones aledañas. Ahora no hay duda de que la gran tradición de puntas de proyectil pedunculadas de Patagonia, no pasó por las Sierras Centrales en su desplazamiento hacia el Sur. Debió seguir la vía de la costa marítima o bien la zona de la Precordillera. Las Sierras Centrales parece que recibieron sólo algunas influencias muy débiles de las culturas patagónicas. En cambio la tradición de puntas de proyectil, de limbo triangular sin pedúnculo influyó la Patagonia del N., la provincia de Buenos Aires y llegó hasta el estrecho de Magallanes. Entre otros elementos culturales que se desplazaron hacia el Sur, hay que considerar la deformación circular o pseudo circular del cráneo, que alcanzó a la provincia de Buenos Aires y tuvo importantes focos en el área del Río Negro.

A Intihuasi y las Sierras Centrales no parece haber llegado la cultura que en Buenos Aires y Santa Fe usó el hacha trabajada a grandes goipes. Las influencias de la industria lítica de la cuarcita monofacial, sólo se manifiesta por la presencia de uno o dos especímenes típicos en un total de miles de instrumentos líticos. No hay duda, entonces, que ellos se deben a esporádicos intercambios.

La cultura de cazadores, del complejo antiguo o Intihuasi IV, tiene un significado más trascendente en el cuadro de las primitivas culturas sudamericanas, cuando se lo compara con otras culturas líticas precerámicas. En la Argentina, las puntas lanceoladas de la cultura de Ayampitín, se encuentran profusamente en el N.O., como en las provincias de Catamarca, La Rioja, Santiago del Estero y la región de La Puna. El complejo de las puntas lanceoladas aparece en los niveles más bajos de las secuencias chilenas, lo mismo que en Bolivia. Los hallazgos recientes hecho en Lauricocha, en el Perú, muestran la existencia de típicas puntas de Ayampitín en esa zona. Lo mismo ocurre con los lejanos yacimientos de El Jobo en Venezuela. Nosotros no dudamos de la existencia de un horizonte de cazadores, cuyos elementos más típicos fueron las puntas lanceoladas y cuchillos de dorso curvo. Esta cultura se mezcló, en la zona con una cultura de recolectores, que debió ser, también, muy antigua.

Es de gran interés el señalar que el mismo tipo de puntas que sirven para caracterizar este horizonte Sudamericano, aparecieron también en México asociados a una de las osamentas de mamut hallada en Santa Isabel Izatapan. A su vez estos hallazgos han sido relacionados con otros similares de América del Norte. Especialmente con puntas de proyectil del tipo Angostura y otras, de manera que no será difícil que en un futuro próximo puedan fortalecerse las vinculaciones culturales tempranas que el hallazgo del "horizonte Ayampitín" sugiere. Todo parece indicar la existencia de una tradición cultural caracterizada por puntas lanceoladas que, llegando a Sud América desde el N., invadió todo el continente y llegó a las Sierras Centrales.

Esta tradición de cazadores nómades, aparece sin mezcla en numerosos sitios, como en Venezuela y Perú. En las Sierras Centrales se la halla mezclada con una cultura de recolectores de semillas, que, probablemente, representa una tradición diferente y quizás muy antigua en Sud y Centro América, que debe ser estudiada con cuidado en el futuro y de la que solo tenemos hasta ahora algunas escasas referencias, entre ellas los hallazgos de Cerro Mangote, cuyo dato de radiocarbón la sitúa en unos 6000 años atrás. No hay duda

de que debió llegar varios milenios antes de esa fecha.

El papel de esa cultura de recolectores no ha sido aún debidamente valorado en la prehistoria americana. En América del Norte su alta antigüedad ha sido comprobada en Cochise, Danger Cave y Albuquerque. Algunos hallazgos de California, no debidamente comprobados, insinuarían una edad aún mayor que la ya muy considerable brindada por los sitios mencionados.

Córdoba, Diciembre de 1957.

A B S T R A C T

In San Luis Province of Argentina, in the region known as the Sierras Centrales, there is a large cave called Intihualsi. Careful scientific excavation of the refuse was conducted by the author in 1951. The Department of Highways had previously dug into part of the deepest deposits, dumping the materials to one side. This report deals with a description of the excavations, the artifacts recovered, and the criteria for the establishment of four distinct levels of human occupation. The geological correlation of the various layers in Intihualsi Cave, with other geological sequences of the Sierras Centrales and Pampa of Argentina, prove that the oldest culture in this side was established in the Sierras Centrales in a period almost contemporary with the Atlantic Period of the European post-glacial sequence. Carbon 14 material from

the lowest horizon (Intihualsi IV) confirm this correlation with a date of $7,070 \pm 100$ years.

Each of the four horizons is typified by a series of artifacts that are described in detail. The most important is the lowest level, known as Intihualsi IV, which has lanceolate projectile points. These points are the same type as Ayampitín from another early occupation in Argentina and hence has been called Ayampitín Culture. The transitional layers have distinctive traits but also show a blending of mixture of features. The introduction of triangular points on top of the lanceolate point culture proves that another group of hunters entered the region.

The Intihualsi Cave stratigraphy proves without any doubt the existence of early hunting and gathering cultures in the Sierras Centrales almost 8,000 years ago.